

Don Vidal García Canales, es un escritor fecundo, cuya memoria permanece intacta a sus 95 años de vida. En este libro (el cuarto de la serie), nos cuenta sus vivencias con tal claridad y sencillez, que casi nos obliga a situarnos en el momento mismo del suceso que comenta.

Don Vidal, nos hace ver a sus fieles lectores, lo mismo el Callejón al Puente Colorado, o la majada donde él pastoreaba 300 chivas. Nos hace testigos presenciales de la muerte de un alcalde a manos de un borracho o la cauda de niños que acompañaban a su condiscípulo fallecido, tras la carroza pequeña, por las calles de Lampazos.

Como pariente de su ilustre paisano, don Nemesio García Naranjo, don Vidal García Canales no podía quedar atrás en demostrar su amor por el terruño, y lo demuestra al revivir los recuerdos más entrañables y recónditos de su sensible alma, guardados desde su más lejana infancia.

Letras de Nuevo León se enorgullece al presentar estas memorias y estamos seguros de que usted disfrutará su lectura.

Juan Manuel Carreño

4to. Libro

Remembranzas de Lampazos

4to. Libro

REMEMBRANZAS DE LAMPAZOS

LIBRO CUARTO

Testimonios de
don Vidal García Canales



LETRAS DE NUEVO LEÓN

**REMEMBRANZAS
DE LAMPAZOS**

LIBRO CUARTO

Testimonios de
don Vidal García Canales

LETRAS DE NUEVO LEÓN

© Don Vidal García Canales, 2011.
© Beatriz García Rivera, 2011.
© Letras de Nuevo León, 2011.

Se autoriza la reproducción parcial o total, por cualquier medio fotomecánico o electrónico de la presente obra, siempre y cuando no se altere el nombre del autor.

Derechos Reservados.
Impreso en Monterrey, N. L., México.
Printed in Monterrey, N.L. México.

Para mis queridos nietos:

Tatiana
Laura Arely
Ernesto Alejandro
Christian Alejandra
Gloria Keila
Nurith
Josúe Daniel
Jonathan Isaí

Estimado lector, tienes en tus manos la voz de mi espíritu presentado en estas palabras.

Vidal García Canales

ÍNDICE

Prólogo	9
1.- Don Serapio y su esposa	12
2.- Doña Catalina Garza Zertuche	14
3.- Profecía de dos padres misioneros.....	16
4.- El coyote envenenado	19
5.- El huracán que pasó por Lampazos.....	22
6.- Por pedir posada.....	24
7.- Vidalizo s'lizo cacarizo.....	27
8.- La tragedia de Sigifredo Briseño.....	31
9.- La tragedia del señor Talamantes.....	34
10.- Mi amigo Nemesio Samaniego.....	39
11.- Viaje a Estados Unidos.....	43
12.- El robo de un atajo de cabras.....	46
13.- La niña de nombre Pueblito.....	48

14.- La herencia de mis bisabuelos.....	51	29.- Mi amigo de primaria.....	106
15.- Mensaje de la Iglesia Emmanuel.....	57	30.- Doctor Julián Díaz Leal	109
16.- Joaquín Vázquez alias El Candela.....	64	31.- Casa de mi tío Catarino García	112
17.- Recuerdos de la Revolución Mexicana.....	68	32.- Ramón Guillén Méndez	117
18.- Doña Librada Valdez y su hija.....	75	33.- Los alcaldes de Lampazos	120
19.- Los fuertes fríos en Lampazos.....	76	34.- La leyenda del labrador	134
20.- Las casas de los Vázquez.....	81	35.- La familia de doña Ignacia Enríquez.....	135
21.- El preso que se salió de la cárcel.....	84	36.- Domicilios del correo	140
22.- El callejón al Puente Colorado.....	85	37.- Un ángel tendido	144
23.- El susto de Arturo Santos.....	87	38.- Don Hervey Castañeda	146
24.- La familia de las Castaño.....	90	39.- El amor de mi bisabuelo	148
25.- La muerte de don Antonio Chapa Luna.....	94	40.- La Navidad en Lampazos	150
26.- La quincena.....	98	41.- La Carretera Monterrey-Colombia	154
27.- Matrimonio de don Francisco Aguirre.....	100	42.- Don Cecilio Lozano el calero	160
28.- El alcalde y la barda.....	103	43.- Gratos y memorables recuerdos	164

44.- La tragedia de Tomás Solís	169
45.- El viaje que hice a Agujita, Coah.....	174
46.- Doña Rita	182
* Reconocimiento de Cronista.....	185
Al Sr. Don Vidal García Canales	

Prólogo

Por. Juan Alanís Tamez

Nuestro buen amigo, don Vidal García Canales, es escritor prolífico, fértil y fecundo y en este libro nos muestra una sorprendente faceta como biógrafo de personajes populares. Escribe con una sencillez exquisita sobre los detalles más simples de la vida, pero llenos siempre de valores, impregnados de esa cultura nata y distintiva de la gente de pueblo. Don Vidal, nos habla, como diría el Capitán, Alonso de León: *Según lo que tengo visto y andado*. Y comenta amenamente, sobre las personas con quien ha convivido en su muy amado municipio de Lampazos de Naranjo, Nuevo León.

Así, nos va narrando animadamente, algunas veces a manera de cuento, sucesos reales. Otras veces nos presenta crónicas muy descriptivas, de acontecimientos de toda índole, incluidas: las tragedias, sus viajes a otros municipios, a diferentes estados e incluso al extranjero. Siempre llenos de anécdotas, algunos de sus recuerdos, son de hace alrededor de 70 años, plasmados con una frescura, como si hubieran sucedido ayer.

Don Vidal, es conocido como *El Cronista anónimo del municipio de Lampazos de Naranjo, N.L. por la UANL*. Cuenta con una habilidad fuera de serie que le permite escribir hechos sucedidos hace más de 80 años, como es el caso de su artículo titulado: Un ángel tendido.

En esta breve compilación de trabajos escritos por don Vidal García, encontraremos sus: *Referencias de alcaldes de 1900-2010*; por cierto, entre los títulos de sus capítulos encontramos aspectos inéditos e interesantes de las familias lampacenses como: *Las casas de los Vázquez, Doña Librada Valdez y su hija, Don Serapio y María, etc.* Pero tiene además: *Los domicilios donde existió la oficina de correos, El preso que se salió de la cárcel y sin faltar sus: Recuerdos de la Revolución Mexicana en Lampazos de Naranjo, N.L..*

Pero don Vidal, tiene remembranzas de todo tipo, enfocados entre otras cosas a: profecías, como las de los padres misioneros en Candela, Coahuila; diversos mensajes como el de la iglesia Emmanuel Pentecostal, o sobre la carretera Monterrey-Colombia; leyendas como la del labrador y los bueyes, que fueron tragados por la tierra por arar en jueves santo; o el interesante tema de la niña con el extraño nombre de Pueblito, pues sus padres que anduvieron de un lugar a otro, les había tocado que su hija naciera en una

congregación donde se veneraba a la virgen del Pueblito y así decidieron ponerle a la criatura.

Ahora amable lector, usted tiene mediante la lectura de este libro, la oportunidad, de revivir hermosos pasajes vividos, narrados y platicados con amenidad por don Vidal García Canales. Son tan breves y completos, que no para uno de leer y lo mejor de todo, puede leerlo cuantas veces quiera y siempre encontrará algo nuevo, o le hará recordar sucesos similares del pueblo donde usted nació.

Capítulo 1

Don Serapio y su esposa.

En el año de 1927, se cambiaron a la casa de, doña Librada Valdez, un hombre y una mujer que no tenían familia. La dirección era calle Lerdo, entre Matamoros y Xicoténcatl, frente a la casa de los Gómez.

Se decía que eran panaderos de rancho. Conducían un carretón arrastrado por un caballo. El carretón tenía un techo, hecho con cueros de res y varejones de chaparro prieto a manera de tipo arco y amarrados con mecate. Él mismo los ha de haber hecho.

La forma de llevar el pan para que llegara en buen estado a la gente de los ranchos, era usando unos botes de hoja de lata de 20 litros, con todo y tapa. Al tiempo de acomodar el pan, le ponían, al fondo del bote, un mantel de tela, de manta limpia y allí envolvían el pan; usaban varios botes. Compraban el pan en la panadería de don Pilar, que estaba en la calle Bravo, entre Juan Ignacio Ramón y del Comercio.

Ya que había surtido, don Serapio invitaba a su mujer para que lo acompañase a venderlo, y

tomaban el camino que conducía a las minas, pasando por los ranchos: Reséndiz, San Juan, y la Zacatoza, propiedad de don Arturo Barrera. En otras ocasiones, iban a otros ranchos: rancho El Indio, rancho La Calera, etc.

Al parecer también hacían intercambio de mercancía cuando no había dinero. A veces les cambiaban, queso, huevos u otra cosa, por el pan que llevaban. Luego, después de separar algo para ellos, lo vendían más adelante, en otros ranchos.

Así vivían estos esposos, que se apoyaban con esa actividad de vender pan en los ranchos.

Capítulo 2

Doña Catalina Garza Zertuche

Era una mujer altruista. Hacía fiestas una vez al año, particularmente en la Navidad. Era presidenta de un patronato, de nombre: Prof. y Gral. Antonio I. Villarreal y su objetivo era ayudar a la gente más necesitada. Ese día nos reunían en el auditorio de la logia masónica y repartían comida. Llevaban gente de las rancherías: La Barranca, del Ejido Presitas, del Ejido Lampazos, etc.

La comida era preparada por doña Consuelo Arrambide. También nos regalaban a cada uno, un sobre, que contenía diez mil pesos de los antiguos que, quitándole los tres ceros, era equivalente a cien pesos de ahora (2010).

Tuve el placer de regalarle dos libros de la primera edición; uno para ella y el otro para un familiar. Por ese motivo traté con ella. Me dijo que era de las personas que vivían al estilo antiguo, es decir que después de comer, dormía la siesta y se levantaba a las 3 ó 4 de la tarde.

La señora, Catalina Garza Zertuche, era hija

de don Rosendo F. Garza, el propietario de la Botica del Pueblo, situada junto a la Iglesia de San Juan Bautista. Su padre, fue una fina persona; era muy tratable con la gente. Escribía en una máquina de escribir, antigua; y casi siempre tenía las manos ocupadas.

Don Rosendo trataba muy bien a mi padre. Le decía:

-Chico, Perico, siéntate en la banca.

Para que le surtiera la receta hecha por el Dr. Manuel Lozano Mejía.

Don Rosendo preparaba los medicamentos de acuerdo a las proporciones que se le indicaban en la receta.

Esta botica, primero estuvo enfrente de la Casa de la Cultura.

Capítulo 3

Profecía de dos padres misioneros

Durante los sermones que daban estos padres misioneros, advertían al pueblo que sucedería un espectáculo que iba a horrorizar a todos los ahí presentes, pero, para que no ocurriera esta tragedia, los feligreses deberían hacer lo siguiente:

Los niños y los hombres tendrían que hacer y cargar una cruz de madera para desfilas por las calles de Candela y las mujeres tendrían que hacer una corona elaborada de fresno o sauce, misma que se pondrían en la cabeza. Se reunirían en la iglesia de San Carlos y de allí partirían por las calles haciendo oración y pidiéndole a Dios que ese fenómeno no fuera a caer en ese pueblo.

Los feligreses aceptaron el aviso de estos sacerdotes, y cumplieron al pie de la letra lo que les encargaron. Esa peregrinación la iban a hacer una sola vez.

Esta advertencia la hicieron los padres antes de seguir su viaje por el mundo. Y así sucedió. Había pasado más o menos una semana desde que

ellos se habían retirado, cuando una tarde vieron que el cielo empezó a ennegrecerse y a llover. Tronaba y relampagueaba, y cuentan que en el Cerro de Candela, en la mera cúspide, se veía la figura de una culebra. Se apreciaba que su enorme cola venía hacia el pueblo de Candela. Parecía que iba a caer allí, pero poco a poco fue amainando la tempestad. Dejó de tronar y relampaguear; se limpió el cielo, y la culebra poco a poco fue desapareciendo.

Sobre este asunto me pongo a conjeturar: ¿Cómo hicieron esos padres misioneros para pronosticar la llegada del fenómeno que, en caso de haber acaecido, hubiera arrasado con gran parte de la población de Candela, Coahuila?

Definitivamente esto es un misterio para el hombre común, pero no para los padres misioneros, que son personas muy educadas y en sus mentes, consagradas al evangelio de Dios, tienen presentimientos que pueden ocurrir en el futuro.

La verdad no sé cuál sea, pero estos hombres y los estudios que realizaron en su juventud, algo habrán aprendido de las cosas ocultas. Esto puede fácilmente corroborarse por haberse realizado las profecías que dijeron que pasarían en este pueblo, si no se seguían sus indicaciones.

Este testimonio me fue contado por mi abuelita, Cuca, allá por el año de 1925. Esto debió haber ocurrido en 1880, ya que ella nació en 1860, y le tocó ver este acontecimiento cuando tenía 20 años de edad.

Capítulo 4

El coyote envenenado

Fue en el Rincón de los Chupaderos que me pasó lo del coyote envenenado, en el año de 1933. Contaba con 18 años de edad y trabajaba de pastor con el señor, Vicente Martínez. Primeramente trabajé con él en el pueblo, pero en vista de la seca, ya que no llovía, cambió la majada para el cerro, e hizo los corrales en el ancón del arroyo, que se llamaba, el Rincón de los Chupaderos, ya que allí, sí corría el agua cuando había llovido.

Las cabras dormían encerradas en un tipo corral que le dicen manga (manga es un corral para cabras hecho con ramas de barreta, chaparro prieto, rama de huisache, rama de crucillo, y le ponen una puerta de madera para entrar y salir los animales). El corral es más chico. Se hace de otra manera. En el tamaño que se requiera. Se clavan varios estantes alrededor en términos campiranos se le llama así a cualquier palo, ya sea de encino, barreta o de cualquier árbol. Se hace un pozo grande y se meten dos estantes. Se rellena de ramas, de manera que los estantes queden distanciados, cada medio metro, o cincuenta centímetros, a lo mucho. Los palos llevan una

altura de dos metros, pero enterrados 40 centímetros. Se hace también una puerta: lleva aparte un toril por separado, más chiquito. De cerca el toril puede ser cuadrado o redondo; es como la antesala de los animales para entrar a su corral.

Resulta que una vez, un coyote brincó la manga, se metió adentro, y llevaba un chivo que agarraba del pescuezo. Ya iba corriendo para comérselo, ya que estaba retirado de la majada. Hacía varios días que hacía lo mismo. Yo por mi parte, como pastor, le informé a mi patrón, Vicente Martínez Pérez, y me dijo así:

-Mira Vidalito, ya no te preocupes mucho. Voy a comprar en Lampazos un bote de veneno que se llama estriknina pura, y con un solo chivo que envenenes, con eso matas al coyote.

Recuerdo que me dijo como le hiciera:

-Agarras a un cabrito que tenga 3 ó 4 días de nacido. Le pones leche de la madre (de la cabra), que se le llama calostros, y esos calostros los embarras con el veneno, con una paleta de madera, entre los dedos y en las partes debajo de las paletas. Pero tú no vayas agarrar el veneno con tus manos. Entonces te llevas un mecate como de medio metro y vas y amarras el chivo en un árbol, chaparro prieto, o mezquite, de manera que no se suelte. Esto deberás hacerlo fuera de la majada, ya

que el coyote se va a encontrar con el chivo que va a estar balando, y lo va a pescar y se lo va a comer.

Y así sucedió en la primera noche. Con el primer cabrito que puse envenenado, el coyote se lo comió todo. Ya que se lo comió, siguió caminando hacia su guarida, rumbo al monte, cuando cayó muerto entre la maleza. Recuerdo que era tiempo de frío y duré varios días en encontrarlo. Tuvo que salir el sol para ver que las auras o zopilotes se levantaban y fui a ver, y en efecto, allí estaba el coyote muerto. Tenía más o menos 75 centímetros de largo; era un coyote viejo. Desde entonces no volvieron a faltar chivos en la majada. Cuando vino el patrón le dije que ya había encontrado el coyote y que mejor se llevara el veneno que había quedado sobrante. No fuera a ser que se lo encontrara una cabra o chivo y se lo comiera y ahora sí se podría envenenar solo.

Y ya jamás se volvieron a perder chivos de la majada, y como es natural en el trabajo de pastor, se me perdía una que otra cabra cuando se quedaba rezagada.

Capítulo 5

El huracán que pasó por Lampazos

Yo andaba trabajando con mi patrón, Vicente Martínez Pérez. Entonces tenía yo 17 años de edad, cuando ese día amaneció llueve y llueve en Lampazos y en toda la región. Llovía copiosamente, y como a las tres de la tarde, los arroyos iban muy crecidos. Yo andaba con 350 cabras, y busqué refugio en el costado de una loma que tenía una cueva en un barranco. Allí me guarecí con todo y chivas, pero sucedió que de repente, los animales se fueron para otro lado, y yo dije: *Al ratito que amaine el agua voy a buscarlas*. Pero cuando pasó un poco el agua, para el lado que fui, no las encontré, y ya estaba el sol para meterse, por lo que decidí ir avisarle al patrón, y le dije lo sucedido. Inmediatamente me preguntó:

-¿En qué parte fue la última vez que las viste?

-Fue en el Puerto de los Diablitos -dije-.

Allí me refugié con ellas, pero de repente se fueron para otro lado y ya no supe para dónde.

Recuerdo que para regresarme a Lampazos tenía que atravesar el Arroyo el Barretoso, y busqué la parte más ancha, llamada vado, ya que pasaba

menos agua. Brincaba unas lomas y me fui a la casa de mi patrón a darle la razón. De muy buena manera la recibió y dijo:

-Enseguida voy a buscarlas.

Y se fue a caballo. Todavía había algo de luz, aunque estaba nublado, pero por la experiencia que tenía, fue al lugar que le dije y cortó huella -significa seguir las pisadas de los animales-, cuestión que yo no sabía, ya que él tenía más experiencia, y así dio rápido con los animales. Después que los encontró, el mismo día los trajo al corral.

Al día siguiente volví a llevarme las cabras y sólo de vez en cuando se me perdía una o dos, o a veces se las comía el coyote.

Al siguiente año, en septiembre de 1933, Trabajaba con el mismo patrón don Vicente Martínez, y teníamos la majada en el Rincón de los Chupaderos. Llovió bastante todo el día y hasta la noche. En esa ocasión no se me perdieron las cabras. Recuerdo que andaba cubierto con lona en la espalda y un sombrero de petate y huaraches. Andaba con los animales en el campo, y llegó la hora de la tarde. Me acerqué a los corrales para encerrarlas temprano. Fue en ese mismo lugar que me sucedió lo del coyote envenenado, en el año de 1933. Yo contaba con 18 años de edad.

Capítulo 6

Por pedir posada

Por andar pidiendo permiso para pasar la noche, estuve a punto de ser muerto por el hijo del señor Antonio Chapa Ramírez.

Era el año de 1935 yo trabajaba con don Santos Alvarado. Primero trabajé con don Antonio Chapa Ramírez. Don Santos me pagaba veinte pesos al mes, pero resulta que ese señor pensaba vender sus cabras, y como yo se las cuidaba, trajo al futuro comprador, don Antonio Barberena.

Entonces, allí mismo de suerte se entendieron en el precio. Una vez cerrado el trato, don Antonio Barberena con don Santos Alvarado, el nuevo patrón me dijo :

-¿No quieres irte conmigo, también de pastor?

Contesté que sí, pero antes tenía que regresar a Lampazos a ver a mi madre. Y así le hice. Le platiqué a ella que ya no trabajaba con don Santos, sino que ahora me había quedado con el nuevo patrón, y le dije:

-Mañana me voy en el tren rumbo a Camarón, para trabajarle al señor Barberena.

Tomé el tren en la tarde rumbo a Laredo, y al llegar a Camarón ya era de noche. Bien oscuro, y como allí en Camarón vivía don Antonio Chapa y su familia, sabía su dirección, así que decidí irme directamente con mi mochila a su casa. Cuando llegué, eran como las nueve de la noche, toqué la puerta y le hablé a don Antonio, pero salió su esposa, la señora Guadalupe Cárdenas. Le traté mi caso. Le pedí que, como iba a trabajar con el señor Barberena, que si por esa noche me daba permiso de quedarme a dormir en su casa. La señora Lupita le contó a su esposo, quién estaba tocando la puerta.

-Es Vidalito. Dice que si puede quedarse a dormir por esta noche. Mañana tiene que irse rumbo al rancho del señor Barberena.

-Claro que puede quedarse, dijo don Antonio. Y le pidió que me tendiera una camita en la sala de la entrada.

Y en vista de que don Antonio tenía un hijo, que a la fecha contaba con 19 años de edad y como era muy paseador, no se encontraba en la casa en ese rato que llegué yo. Y también acostumbraba cargar pistola. Entonces la señora Lupita, ya después que me tendió la camita a la entrada de su casa, cerró la puerta, y me acosté y me dormí.

Para esto, el hijo de don Antonio traía también una copia de la llave, para abrir la puerta, para cuando llegara tarde, y al abrir la puerta esa

noche, inmediatamente vio un bulto acostado y luego, luego le habló a la señora Lupita y le dijo:

-Lupe, Lupe ¿quién está acostado aquí?

Y entonces le dice la señora Lupita:

-Es Vidalito. No le hagas nada. Nos pidió permiso de quedarse aquí. Mañana se va a trabajar con el señor Barberena.

Y al escuchar estas palabras, inmediatamente guardó la pistola. Estos últimos párrafos yo los conocí porque me lo contó al día siguiente, doña Lupe Cárdenas. De que Antonio chico estuvo a punto de matarme. Yo no me dí cuenta de nada. Aquí termina este suceso acontecido en el tiempo que yo trabajaba de pastor.

P.D. el hijo del señor Antonio Chapa había quedado huérfano, ya que su mamá había muerto, porque la había mordido un coyote con rabia, por la calle Bravo (este capítulo está escrito en el tercer libro).

Capítulo 7

Vidalizo, s'izo cacarizo

Entre mis amigos que tuve en la infancia y que fueron compañeros de la escuela primaria, estuvo el niño Gregorio García. Su familia vivía por la calle Juan Ignacio Ramón, entre Zuazua e Hidalgo. Sus padres eran don Celso García y doña Bertha. Tenían 4 hijos, la mayor, María de Jesús, Bertha, más chica, y otra de nombre Josefina, menor todavía, y mi amigo Gregorio, que era de mi generación.

Ellos vivieron durante todo el tiempo que yo los conocí en la casa donde nació y vivió el Gral. Antonio I. Villarreal. Éramos muy buenos amigos, jugábamos con otros niños en la plaza e íbamos al Ojo de Agua, al Arroyo el Barretoso, al Río Candela, etc.

Y como su casa estaba a media cuadra de la iglesia San Juan Bautista, también platicábamos con el sacristán, mi tío, el señor Jesús Santos Guerrero; este señor nos tenía mucha confianza. Un día nosotros le pedimos permiso para subir a la torre a repicar las campanas, cuando era momento de que tocaran para alguna misa. Éramos varios

amigos, pero sólo a cuatro niños nos dejaban subir a tocarlas, y aunque la subida estaba peligrosa, porque eran cuatro escaleras viejas de madera que ya estaban muy usadas- y tenían barandales, desde el piso hasta el campanario, llegábamos hasta mero arriba a tocar las campanas.

Había otra escalera que llegaba hasta el reloj y sólo subía el encargado, cuando se tenía que darle cuerda al reloj, o cuando se descomponía. Este reloj fue traído de Europa, junto con otro que también habían solicitado en el municipio de China N.L., pero en la historia que escribió don Leopoldo Naranjo, se cuenta que los relojes fueron cambiados. El que solicitó Lampazos se lo entregaron a China, y el de China a Lampazos, pero hubo un acuerdo entre los alcaldes de que así se quedarían los relojes.

Respecto al padre de mi amigo Gregorio, don Celso García era zapatero de oficio. Ponía suelas enteras o medias suelas y también arreglaba tacones con hule o vaqueta. Primero el cliente le traía los zapatos a arreglar a su casa, y éste les pedía la dirección para que, una vez que terminara de hacer el trabajo, los llevara a su casa. Y allí le pagaban.

Un día me enteré de que esta familia se iba a ir de Lampazos a vivir a Nuevo Laredo, Tamaulipas. En cuanto al porqué, nada se supo. Recuerdo que

fue en 1926. Se contrató a dos carretoneros para llevar los muebles hasta la estación del ferrocarril y allí serían embarcados rumbo a su destino. Sentí tristeza porque ya se iban del pueblo, sobre todo por mi amigo Goyito.

La señora de la casa había sido profesora de inglés, cuando era soltera. Esto lo supe por palabras de sus hijos.

Conmigo fueron tan buenas gentes, tanto los padres como los hermanos de mi amigo. Me tenían tanta confianza que yo podía entrar y salir a su casa, hasta en varias ocasiones. Me invitaban a comer o cenar y me sentaban en la misma mesa donde ellos comían. Mi amigo Goyito me tenía tanta confianza que hasta me puso un sobrenombre, que me decía de la siguiente manera:

-“Vidalizo, s'izo cacarizo”.-

Y entendía inmediatamente. Y me parecía muy bien ese sobrenombre.

Con respecto al sobrenombre, mi amigo Goyito probablemente le había oído cantar unos versos a otro compañero de la escuela que se llamaba, José Ángel Muñoz y que vivía muy cerca de la Casa de la Cultura, por la calle Nemesio García Naranjo, entre Bravo y Lerdo, al lado poniente. Él era de La Barranca y vivía con unos familiares, ya que en su

pueblo no había ninguna escuela.

Y este muchachito sabía varias canciones que nos las cantaba a todos, ya sea en la escuela o en la calle, cuando íbamos caminando. Entre las canciones que cantaba había una que decía:

*Hay algodón, hay algodón,
con chaqueta y pantalón,
quien te lizo, quien te lizo,
las muchachas de Mauricio.*

Entonces, como mi amigo Goyito oía esta canción, tal vez por eso se le ocurrió ponerme ese sobrenombre:

-“Vidalizo s'izo cacarizo”.

Pues hasta aquí la relación infantil que tuve con ese amigo de la infancia, por lo cual aun tengo muy bonitos recuerdos de él y su familia.

Capítulo 8

La tragedia de Sigifredo Briseño

El señor, Sigifredo Briseño, estaba casado con la señora Exolinda, quien era enfermera en el Centro de Salud de Lampazos. Su domicilio estaba por la calle Lerdo, entre Xicotèncatl y Juan Ignacio Ramón.

Se le acusaba como abigeo, que es como un cuatrero que robaba ganado.

Alguien contrató al señor Francisco González para que diera muerte al señor Sigifredo, quien se encontraba en un rancho haciendo un pan de maíz. Cuando el señor Francisco González fue informado de dónde se escondía este abigeo, fue sigiloso, y desde una distancia regular le disparó por la espalda, y allí quedó muerto el roba vacas.

Conocí al señor Sigifredo Briseño, allá por los años 30. Tenía una característica singular: usaba unas polainas de vaqueta en las ante piernas.

Después de la muerte del señor Briseño, como es natural, fueron las autoridades del Ministerio Público a levantar el acta de defunción y ellas

mismas ordenaron que lo amarraran en la defensa delantera de un carro y lo trajeron paseando por varias calles, para que la gente viera que ya había muerto el presunto abigeo.

En cuanto a su entierro, no se sabe si fue entregado a su esposa, para que lo velara y le diera cristiana sepultura, o si las propias autoridades lo sepultaron en la fosa común como se estila en estos casos.

Respecto a Francisco González, su padre que se llamaba Vicente González, ordenó a la policía que lo siguieran y lo aprehendieran, ya que había huido de Lampazos. Esto, para que lo trajeran a que declarara. En esa ocasión las autoridades nombraron que el apresor del señor González fuera el propio Comandante de Policía que se llamaba, Jesús Santos. Entonces, cuando don Jesús fue aprehenderlo, se dio cuenta que Francisco andaba armado y optó por echarle un balazo que lo privó de la vida.

Fue por esta razón que el Comandante, don Jesús Santos, privó de la vida al señor, Francisco González, que fue quien mató a Sigifredo Briseño.

Por pláticas con el señor, Juan García Castañeda, allá por los años de 1940, él fue quien me platicó

que don Jesús había matado a Francisco González. Y aunque sólo tenía orden de aprehenderlo, éste por miedo a ser muerto, por Pancho González, había tomado la decisión de privarlo de la vida.

Don Jesús Santos fue preso en la cárcel de Lampazos. El señor, Juan García Castañeda, me dijo también que el señor Santos se sentía muy apesadumbrado por lo que había hecho.

Capítulo 9

La tragedia del señor Talamantes

Esta fue una tragedia pasional, pues sucedió en la región de Anáhuac, cuando se cultivaban algodones. No se sabe cómo se llamaría el señor Talamantes, ya que esta tragedia me la contó el señor, Jesús Santos, quien fuera comandante por mucho tiempo en la Comandancia Municipal de Lampazos. Nos platicaba, en diciembre del año, 1938, que años atrás, había fungido como comandante, más o menos entre 1934 y 1936.

En una parcela de Anáhuac, donde vivía un matrimonio solo. Un señor de nombre, Santos Martínez, llegó a casa de los esposos Talamantes, y les dijo que andaba buscando trabajo; que hacía días que no comía y que la pasaba muy mal. Al mismo tiempo que le dijeron que le darían el trabajo, él dijo que no tenía dónde dormir, y que si se podría quedar allí, mientras durara dicho trabajo. A este pedimento también accedió el dueño de la casa.

Pasaron algunas semanas y en vista de la confianza que agarró el señor Santos Martínez, con la señora de la casa, llegaron a entenderse de

tal manera, al punto de llegar a traicionar al señor Talamantes.

Pero como en esta vida nada es oculto, llegó el momento en que el ofendido se enteró de eso y le reclamó duramente a su esposa, a tal grado en que ésta ya no podía soportarlo y se le contó a su amante. Entonces los dos buscaron la manera de eliminar al Sr. Talamantes. Matarlo. Ocultar su cuerpo, para que nunca fuera encontrado.

Cerca de la parcela donde vivían los personajes de esta tragedia, había una nopalera muy grande, y en medio de ésta, un área donde no había nopales.

Decidieron que esa noche, cuando el esposo estuviera dormido, le asestarían en la cabeza fuertes golpes con un tubo de fierro, hasta dejarlo sin vida. Buscaron la forma en que desapareciera toda evidencia e hicieron un pozo, como de un metro de profundidad, en el lugar señalado, para enterrar el cuerpo del señor Talamantes. He hicieron como pensaron, y el cuerpo lo taparon con tierra, echando sobre ésta unos nopales para aparentar que en ese lugar sólo eso había.

Por lo pronto ya no había quien molestara a la señora de Talamantes, porque su esposo estaba enterrado. Mas en su conciencia tenía el

4to. Libro; Testimonios de ===== 35 ===== Don Vidal García Canales

remordimiento de que había pecado y que en el tiempo, no muy tardado, se tenía que descubrir este crimen por parte de las autoridades.

Para esto, un día que Santos Martínez andaba trabajando en la labor, su amante que se encontraba sola en casa, recibió una visita inesperada. Tocaron la puerta y salió a abrir a ver quién era. Al abrirla, recibió el saludo de una comadre que hace mucho no veía. Se saludaron y la señora Talamantes le preguntó extrañada:

-¿A qué se debe su visita, comadre?

Y le contestó la recién llegada:

-Pues me va a dispensar comadre, pero quiero que me diga: ¿Qué razón me da de mi compadre? Hace días que no lo veo.

Le contestó la señora Talamantes,

-Pues mire comadre, le voy a revelar un secreto, con la condición de que a nadie se lo vaya a contar. Esto quedará solamente entre usted y yo, ¿vale?

Le contestó la comadre,

-Tenga usted por seguro que a nadie, ni a mi familia le contaré este misterio.

Y la señora de Talamantes le contó todo, con lujo de detalles. Nada más que la comadre no cumplió la promesa y le contó a su esposo porque ese caso no debería quedarse en el misterio. Que debería denunciarse para que se castigara a los asesinos.

Estando de acuerdo el esposo de la comadre de ir

4to. Libro; Testimonios de ===== 36 ===== Don Vidal García Canales

a poner en conocimiento a las autoridades de Cd. Anáhuac, formularon una mentira, en el sentido de que invitarían a cinco o seis ejidatarios para que fueran en un camión a Cd. Anáhuac, a refaccionarse (significa sacar dinero en el Banco Rural de Crédito Ejidal). Así las cosas, dijeron que pasarían donde estaba el señor Santos Martínez para invitarlo, y cuentan que cuando pasaron por la parcela, se paró el camión y de suerte, allí andaba el asesino. Y le dijeron, el chofer, y otros de los que venían arriba del camión:

-Señor Santos, vamos a refaccionarnos a Anáhuac. -eso con el fin de aprehenderlo.

Y les contestó:

-Vayan ustedes, yo después voy.

Entonces se fueron para Anáhuac e informaron del crimen, y que el señor Santos Martínez se había negado a venir, por lo que la comandancia de la policía recurrió al cuartel del pueblo a pedir auxilio, para que le prestaran una escolta de soldados e ir a aprehender al criminal.

En virtud de que la policía ya tenía conocimiento de lo que había hecho el señor Santos Martínez, cuando llegaron, los soldados le dijeron terminantemente que lo iban aprehender, pero antes que debería llevarlos al lugar donde estaba enterrado el difunto. Invitaron a la esposa del señor Talamantes, que también estuviera presente

en el desenterramiento de su esposo. Para esto fue también el Agente del Ministerio Público. Ya todos presentes, hicieron que el señor Santos extrajera el cadáver. La viuda les miraba llorosa.

Cuando le dijeron que estaba formalmente preso por este crimen y que se lo iban a llevar para Anáhuac, el señor Santos Martínez, les dijo que le dieran permiso de llevar su carabina. Le contestaron que estaba prohibido y que solo debería ir él para declarar ante las autoridades.

Como en esos años estaba recién fundada Cd. Anáhuac, (1934), todavía dependía políticamente de Lampazos. Por esa razón, se trasladó al criminal, preso a las autoridades de Lampazos.

Una vez estando en Lampazos, determinaron enviarlo a Monterrey, para que allá se le sentenciara. Antes de llevárselo, le tomaron sus señas particulares y cuando lo estaban midiendo, con una cinta, su altura, la cintura y los brazos, cuenta el testimoniero, Jesús Santos, que hasta lloraba ese hombre cuando se lo iban llevando para trasladarlo a Monterrey. Tal vez pensaba en sus conciencia que ya jamás regresaría a su pueblo.

También me contó, don Jesús Santos, que después que trajeron al señor Santos Martínez, mandaron por la mujer del señor Talamantes; sabedores que ella también había participado en el crimen de su esposo; y además que había cometido fornicación.

Capítulo 10

Mi amigo Nemesio Samaniego

Nemesio Samaniego, se casó con Vicenta Nieto, nieta de la señora Mariquita Malagón. Vivía por la calle Zaragoza, cerca de la calle Antonio I. Villarreal y al poniente de la calle Juárez.

Él también era pastor de cabras, con don Emilio de la Garza, en 1937. Este señor, venía a ser yerno de don Amado Villarreal. También con nosotros trabajaba un hermano de Nemesio, llamado Isabel. Había otro hermano de nombre Tomás. Él estaba conmigo en la primaria, en los años de 3er y 4º. Grado.

Cuando regresé de Matamoros en 1987, Nemesio ya era el Presidente de la Sociedad Mutualista Francisco Naranjo, y como en esas fechas estaba próximo el aniversario de la asociación, me dijo que si le podía hacer un mensaje para leerlo ese día. Así lo hice. Hasta lo compuse en verso rimado, y le di una copia, pero el mensaje lo guardó en la gaveta de su escritorio y cuando fue el evento me dijo, que si traía otra copia porque la suya se la habían robado.

Entonces me invitó a la celebración que se llevaría a cabo el 28 de agosto de ese año. Venía gente de Monterrey, y como él no encontraba su copia, pues me dijo que leyera el mío. Lo leí y le dieron las gracias y le aplaudieron todos.

Y como éramos amigos desde que trabajábamos en el Rancho El Brazil, con don Emilio de la Garza, -también lo seguimos siendo ahora ya grandes-, me invitó a que fuera socio, y me tomaron la protesta para ser miembro pasivo, ya que como era mayor de edad no alcanzaba indemnización. Quiero aclarar que yo fui socio en 1940, y fue hasta que me fui a Matamoros y desde allá les seguía enviando un peso cada mes durante muchos años, incluso me enviaban cada mes una revista que se llamaba Constelación. En ella se publicaban los acontecimientos que ocurrían en Lampazos.

Algo de lo que recuerdo era que cuando moría un socio, se tenía que hacer una aportación extra de un peso más.

Cuando Nemesio estaba como presidente de la Asociación Mutualista, -lo fue por varios períodos, ya que nadie se quería hacer responsable de seguir al frente de esa institución-, las reuniones eran a las 8 de la noche. Yo les leía siempre artículos en verso de mi autoría y noté que para ese entonces, 1990, ya no asistía tanta

gente como allá por 1940, ya que algunos socios se fueron muriendo, otros no volvieron y los jóvenes no querían hacerse miembros.

Recuerdo que en los 90s, la tesorera era la señorita, Alicia Garza Cavada. Ella estuvo varios periodos. Era muy honesta y responsable. Tenía el dinero en el Banco que ahora es Banorte, y siempre daba lectura en sus informes de lo que había de dinero, y de lo que se gastaba. Como ejemplo, cuando se moría un socio, siempre se compraba una corona para llevarla donde se estuviera velando el difunto. Otro ejemplo de gasto, era cuando se hacía la gran fiesta de aniversario, el 28 de agosto, y también se hacían comidas. Estos gastos ella los llevaba muy bien registrados.

En agosto del 2010, se cumplieron 100 años de fundada la asociación. En los estatutos venían los nombres de los fundadores. Fue en el Teatro Juan Ignacio Ramón donde se firmó el acta de fundación de la Sociedad Mutualista.

Quiero reiterar que mi ingreso a esta sociedad fue en 1940, por sugerencia de mis primas, María y Juanita González García, ya que ellas querían que tuviera algún apoyo económico para cuando me enfermara y si me llegara a morir. Ellos pagaban las medicinas hasta un valor de 30 pesos,

siempre y cuando no fueran enfermedades “de las buscadas”, y también ayudaban en el funeral, cuando el socio fallecía, incluyendo el cajón, la fosa del panteón y la carroza. Esto, siempre y cuando se estuviera al corriente con las cuotas.

Respecto a estas sociedades mutualistas, con autorización de los gobiernos de los Estados, se vinieron fundando debido a la consideración de que los salarios de la población eran muy bajos y se tuvo la idea de que, como no había IMSS, ni ISSSTE, solo había Centros de Salud, entonces, se quiso apoyar a quienes se afiliaran a asociaciones como ésta, para cuando se tuvieran gastos necesarios.

Capítulo 11

Viaje a Estados Unidos

En 1918, mis padres me llevaron a Texas y fueron a parar a un punto llamado El Caracol. Yo contaba con 3 años de nacido y recuerdo que mi madre me llevaba cargando, e íbamos cruzando el Río Bravo, por un vado que estaba bajito.

El motivo principal del cambio, supongo, ha de haber sido para salvarnos la vida, sobre todo a mi padre ya que los villistas buscaban a los hombres para hacerlos carrancistas -penetraban a las casas y a cualquier hombre que encontraban a su paso, lo acusaban de carrancista y lo mataban-. Había casos en que las mamás o las esposas les rogaban, con lágrimas en los ojos, asegurándoles que ellos no eran carrancistas, si no campesinos o pastores que se dedicaban a trabajar. Los villistas no hacían caso. Se los llevaban como quiera.

La causa principal que hizo a mis padres que se regresaran a México, fue que a mí me caía mal la leche de vaca que conseguían en Estados Unidos. También el agua del río que me daban allá, me provocó una diarrea muy fuerte, que no me la quitaba con nada, así que mi madre le dijo a mi padre:

-Vámonos de aquí. Mejor regresémonos a Lampazos, si no, vamos a enterrar aquí a nuestro hijo.

Cuando ya nos regresamos, mi madre compró un litro de leche de cabra en la estación y después de cocerla me dio a tomar un vaso y me quedé bien dormido, y poco a poco me fui reponiendo.

En ese tiempo había mucha necesidad en los pueblos. Platicaban mis gentes que si había dinero, pero no había qué comprar. Los que andaban en la revolución se llevaban todo, y para el caso de Lampazos, los carrancistas quemaron: el convento, el molino del Gral. Naranjo, la plaza de toros, y se apoderaron de todas las mercancías que había en las tiendas, así que hasta los hombres ricos que eran ganaderos y comerciantes se fueron también para Estados Unidos, ya que les quitaban todo lo que tenían. Incluso cuando regresaban, lo hacían ya como pobres.

En ese tiempo las cabras valían un peso y las chivitas 20 ó 25 centavos, y después que pasó la revolución, allá por los años 20s, las cabras valían 5 pesos y las chivitas valían un peso.

Los carrancistas saqueaban todos los negocios, para surtir a su gente que traían en combate. Se contaba que las madres de familia, les daban a sus

hijos nopales en la mañana, nopales al medio día y nopales en la noche, ya que no había qué comer.

En México, la tierra estaba distribuida por haciendas, y fue el mismo pueblo que peleaba para que se distribuyeran esos terrenos en ejidos, para toda la gente, y eso fue la principal causa por la que se desató la revolución. De arrojar el sistema de los hacendados y convertirlos en ejidatarios. En Lampazos había varias haciendas entre las que destacaban la Hacienda Dolores, del Gral. Naranjo, la Hacienda Horcones (hoy La Barranca), del Capitán de Milicia, don José Andrés de Sobrevilla. Este señor también era el dueño de la casa del alto, que está en la esquina de las calles Hidalgo y Nemesio García Naranjo. En su hacienda tenía 99 empleados y se rumoraba que les pagaba muy poco.

La Hacienda Dolores actualmente existe con el nombre de Ejido Dolores, y les comento que lo del nombre Dolores es por el nombre de la esposa del Gral. Naranjo, que yo llegué a conocer.

Debo mencionar también que la Hacienda del Carmen, quedaba pasando el Río Candela. Había otras haciendas más, pero aquí solo consigno algunas.

Capítulo 12

El robo de un atajo de cabras

Mi bisabuelo, Carmen Rodríguez, tenía un atajo de cabras pintas en el municipio de Candela, Coahuila. Ocupaba a un pastor para que se las cuidara, pero en cierta ocasión le cortaron un atajo de cabras para robárselas, sin que el pastor se diera cuenta. Cuando se percató del robo, se vino a Candela a darle parte al dueño, que era mi bisabuelo, Carmen.

Entonces mi bisabuelo fue a ver a una persona que conocía todas las veredas de la sierra. Subieron a caballo y se fue en compañía de ese arriero. Él iba a caballo y mi bisabuelo a pie, pues ese señor conocía muy bien la sierra y por eso iba adelante. Pero resulta que cuando llegaron arriba y vieron el atajo de cabras pintas, los ladrones se dieron cuenta que ya los habían encontrado e inmediatamente dispararon con una carabina y mataron al guía. Mi bisabuelo se regresó inmediatamente para informar el hecho a la comandancia de policía y ésta avisó al cuartel de los soldados. Ellos fueron a buscarlos. Gracias a Dios capturaron a los ladrones y rescataron las cabras.

En relación con este caso, del ganado de cabras que tenía mi bisabuelo, en Candela, Coahuila, había un señor, ya anciano, que tenía más de 70 años de edad y que vivía en Lampazos. Él también era de Candela. Se llamaba Apolinar García; vivía por el Barrio del Convento. Fue conocido mío cuando yo tenía 18 años de edad, ya que él era campero cuando yo trabajaba de pastor, con el señor Vicente Martínez. El fue quien me platicó que don Carmen Rodríguez, mi bisabuelo, poseía un atajo de cabras pintas (blancas con negro), en Candela Coahuila.

Esta anécdota del robo de las cabras me la contó mi abuela Cuca.

Capítulo 13

La niña de nombre Pueblito

La familia estaba formada por don Rosalío Nieto y su esposa María Malagón, -“Doña Mariquita”-, sus hijos José, Pueblito (mujer), y Félix (mujer). Esta última nació en Lampazos.

Domicilio: Calle Rayón, entre Galeana y Mina, (barrio cerca del Ojito).

Allá por la década de los 1920-1930, llegó esta familia en un regimiento militar de caballería y se establecieron en el convento del Verbo Encarnado, que ya para entonces lucía quemado por obra y gracia de los carrancistas. Las familias de los soldados rentaban una casita, y los que eran solteros se quedaban en el cuartel.

Mi madre fue lavandera de varias soldaderas a quienes les lavaba la ropa.

Don Rosalío tenía dos burros y entre él y su hijo se dedicaban a traer leña del campo, para venderla en su casa. Además Doña María Malagón hacía menudo de cabra y su esposo salía a venderlo a la calle.

Cuando llegaron a Lampazos, Pueblito tenía más o menos 14 años, y el hijo, de nombre José, ya venía casado con la señora Fortunata. Tenían 3 hijos cuyos nombres eran: Vicenta, la primera, Nabora, la segunda y Joaquín el tercero. Los conocí a los tres, cuando yo trabajaba en el Rancho San Juan, que era propiedad del General Z. Martínez. Yo tenía 25 años. Era el año de 1940, y Joaquín trabajaba como campero; tenía 12 años. Recuerdo que allí comía con nosotros, pan de maíz con frijoles, sopa de arroz, carne de cabra o cabrito, y café.

Vicenta se casó con Nemesio Samaniego. Fue él quien me contó que la persona que vendió las carrozas de Lampazos fue, Simón Guerrero. Se supone que ha de haber sido con el acuerdo de las autoridades del municipio.

Siguiendo con doña Mariquita. Era partera empírica y curaba a espantados y empachados. Recuerdo que me curó de espanto, en el tiempo que yo tenía como 13 años. En la casa de mis padres me curó 3 veces; eran los viernes. Me daba un vaso de agua para que me la tomara. Ella lo llamaba hueso de gigante. Recuerdo que yo creía que eran huesos reales, pero no me convencía del todo; sabía que los gigantes no existían.

Y precisamente en esa fecha que me curó, ella nos platicó que cuando llegaron a una ciudad

donde se venera a la virgen de nombre Pueblito, ella estaba embarazada y fue cuándo nació su segunda hija. Por eso le puso ese nombre.

En 1942, el ordeñador de cabras, de nombre, Doroteo Rodríguez, nos comentó a todos los trabajadores del Rancho San Juan, que en un viaje a Lampazos, se enteró de que había fallecido la señora Mariquita; y fue él quien dijo que se apellidaba Malagón. Yo sólo la conocía como Mariquita.

Recuerdo que el 1999 falleció Nabora, en Estados Unidos, y la trajeron a enterrar a Lampazos. Tal vez fue a petición de ella. Venía en un cajón blanco; me tocó ir a la misa que le hicieron en la iglesia San Juan Bautista.

Capítulo 14

La herencia de mis bisabuelos

Mis bisabuelos maternos eran: don Carmen Rodríguez y Leocadia Galván. Vivían en Candela, Coahuila. Sus hijos eran: mi abuela, María del Refugio, Pilar, que era gemela de mi abuela, y mi tía Dolores.

Esta familia se vino de Candela a Lampazos antes de la revolución, a principios del siglo XX. Mi tía Pilar, como no era casada, se quedó en Candela. Sólo se vinieron mi abuela, con su esposo, Vidal Canales, sus hijos, María del Refugio, Matilde, Adolfo, mi tío Antonio, y también, mi tía Dolores, casada, con un señor llamado Juan Santos y con sus hijos Rosario (mujer), y otro más. Todas estas personas se vinieron a vivir a Lampazos.

Siendo pequeño, viajé a Candela, Coah., junto con mi abuela materna, que como ya apunté, se llamaba, María del Refugio Rodríguez, mi tía Matilde Canales y su esposo, don Juanito Arcia.

El motivo del viaje era para recoger una herencia de mis bisabuelos, Carmen Rodríguez y

Leocadia Galván.

Era tiempo de guerra y tal vez por eso se vinieron para Lampazos antes de 1910.

En el año de 1926, cuando yo tenía 11 años de edad, le vinieron avisar a mi abuela que el terreno de mis bisabuelos, Carmen Rodríguez y Leocadia Galván, había sido vendido y que a mi abuela le correspondía una parte del terreno como herencia. Solamente que el presunto comprador era un comerciante pobre y les dijo a los vendedores del terreno que si querían vendérselo, él, con gusto lo compraría, a reserva de pagárselos con mercancía, porque, argumentaba, no tenía dinero.

Después de pensarlo, los presuntos herederos de dicho terreno hicieron trato con el comprador. No se sabe con precisión qué cantidad les dieron de mercancía, por el terreno, pero de todas maneras, del total que recibieron, hicieron un reparto equitativo entre todos los herederos, incluyendo a mi abuelita Cuca.

Luego que hicieron el cómputo del valor total del terreno, sacaron por resultado que eran 10.00 pesos los que le tocaría en mercancía a mi abuelita.

Al tener conocimiento mi abuelita de esta herencia, les comunicó a sus hijas, María del Refugio -quien era mi madre-, y a mi tía Matilde, que a ver quién la acompañaba para ir a Candela a recibir la herencia que le correspondía. Y los que se apuntaron fueron mi tía Matilde y su esposo, Juan Arcia. Le pidieron permiso a mis padres para que le prestaran al niño Vidalito o sea yo-, para que los acompañara.

El viaje se realizó en el año de 1926. Mis padres accedieron a dar el permiso, pues les dijeron que yo iba a ir montado en un burrito, que era de mi tío, Juan Arcia.

Íbamos mi abuelita Cuca, mi tía Matilde, su esposo Juanito, y yo. Éramos 4 en total; ellos iban caminando a pie y yo en mi burrito. Este burrito se iba a usar también para cargar la mercancía que era la herencia de mi abuelita.

Se preparó el lonche y agua por el calor. El viaje sería a pie, desde Lampazos a Candela. La distancia eran siete leguas, equivalentes a 28 kilómetros aproximadamente.

Y así lo hicimos. Nos fuimos muy temprano por el camino de herradura. Como salimos a las siete de la mañana, al salir de Lampazos cruzamos el vado del Río Candela, Ellos probablemente se

quitaron los zapatos para no mojarse; yo no porque iba arriba del burrito.

Pasamos por un poblado cerca del medio día llamado, Villa de Santiago de Valladares, Coahuila. De allí faltaban dos leguas a Candela. Seguimos caminando. Llegamos a Candela a las 5 de la tarde y al pasar por la plaza de Candela observé un anuncio frente a la plaza que decía:

“ASI ES LA VIDA”
*Cantina y billares,
Candela, Coahuila.*

Al caminar unas cuantas cuadras, para llegar a una casa donde íbamos a pasar la noche -a propósito la persona que vivía en esa casa, se le conocía con el nombre de Josefa, o “tía Victoria”-. Al tocar la puerta salió y reconoció a mi abuelita y a mi tía Matilde. Con mucho gusto presentaron al esposo de mi tía Matilde y también le dijeron:
-Este niño es el hijo de Cuca.

Al pasar adentro de la casa, se pusieron a platicar. Mi abuelita le decía a doña Josefa:

-Recibí el aviso de la herencia en mercancía y que aquí la tienes en tu casa. Venimos por ella. Y si no es mucha la molestia, aquí nos gustaría quedarnos a dormir.

-Pero con mucho gusto -dijo doña Josefa-.

Aquí hay cobijas más que suficientes y se pueden tender una camita.

Durante la plática entre doña Josefa y mi abuelita, escuché lo siguiente: (Para esto ya había pasado la guerra en Candela, Coah.)

-Oye Josefa, cuando estaban los soldados en guerra, aquí en Candela y se subían a los techos, para dispararse balazos, entre ellos, con las armas que traían, al tronar los balazos, estarías bien asustada, y te has de haber escondido bajo la cama, por temor a una bala pérdida.

-No Cuca, todo lo contrario. Verlos matarse unos a otros, me servía de diversión.

-¿Y cómo le hacías para verlos matarse?

-Pues, por el agujero de la puerta. Nomás le quitaba la llave y desde ahí los veía.

-Oye, pues eras muy valiente Josefa. Yo que tú, me hubiera escondido en el último rincón de la casa.

Esa noche después de cenar nos dispusimos a dormir.

En cuanto a la clase de mercancía que recibió mi abuelita, eran: un poco de frijol, maíz, café, harina, manteca de res, sal, etc., hasta completar 10 pesos.

Al siguiente día mi abuelita nos llevó a visitar a

su sobrina, Herlinda Valle. Ella vivía también en Candela. Al llegar a la casa le presentó a mi tío Juan Arcia, a mi tía Matilde y a mí. Cuando supo que yo era hijo de Cuca, dijo la sobrina

-Me gustaría que Cuca y su esposo dejaran venir a este niño, para que mi esposo, Pancho le enseñe a trabajar en el campo.

Pero mi abuelita la desengañó inmediatamente. Le dijo:

-Déjate de cosas, mujer, allá en Lampazos el trabajo sobra.

Finalmente se despidieron y partimos para Lampazos, con nuestra herencia de mercancía, llegando ya en la tarde.

Cuando llegamos a la casa, mi abuelita compartió parte de la mercancía con mi tía Matilde y con mi madre.

Capítulo 15

Mensaje sobre la Iglesia Emmanuel

En el año de 1992 llegaron dos misioneros procedentes de Estados Unidos, cuyos nombres no recuerdo, pero lo que estoy seguro, era que uno de ellos no hablaba español y el otro sí.

Invitaron al pueblo de Lampazos para que asistiera a los cultos que se realizaban en la dirección de Matamoros cruz con Hidalgo, en la casa donde vivía la familia Rodríguez Pedraza.

Y como pasaron por mi casa en dirección a la calle Matamoros, invitándonos a todos, fui a la casa de mi cuñado, Pancho, que era evangelista, y ver si me acompañaba para ir con ellos. Aceptó ir, incluso se llevó la Biblia que tenía.

Asistimos a la iglesia un sábado por la tarde, y allí hicieron la presentación de los dos misioneros. El ministro de la iglesia, el señor José Francisco Rodríguez Pedraza era profesor de oficios de las escuelas públicas. Al parecer era el hijo mayor del matrimonio formado por Román Rodríguez y Jesucita Pedraza. El templo estaba

lleno de gente y llegó la hora del culto. Se comenzaron a hacer las oraciones y luego dijo el ministro:

-Ahora saquen sus himnarios para cantar algún himno.

Se cantaron varios himnos y se dio lectura a algunos versículos de la Biblia en inglés por parte del misionero que no hablaba español. El otro que venía con él lo traducía. También pidieron al público que alguien leyera algunos versículos de la Biblia.

Posteriormente, leídos los capítulos, se les leía ahora en inglés, para que él también se enterara de lo que habían compartido los asistentes. Había oportunidad de que algún feligrés pasara al frente, a dar testimonio.

La iglesia estaba dotada de un órgano melódico muy bueno, y era manejado por el alumno de secundaria, Samuel Villa Vázquez, cuyos padres asistían también al culto, Don Armando -su padre-, tocaba la guitarra acompañando al órgano melódico que tocaba su hijo. A mí me gustaba mucho cómo tocaba este muchacho. En ocasiones los pastores le decían:

-Ándale, Samy. Dale, dale, sigue tocando.

Cuando estábamos en oración con los feligreses que pasaban al frente, incluso llegué a oír personas que hablaban en lenguas extrañas, como

mi cuñado, Pancho que decía muchas palabras que yo no entendía.

Cuando el ministro estaba invocando al Espíritu Santo, los asistentes empezaban a mencionar sus peticiones. Todos pedían que los sanara de los males que padecían, sobre todo de salud. Y se empezaban a oír muchas voces, cada uno pidiendo por lo suyo y haciendo mucha oración.

Al parecer, a la mitad de culto se recogían las ofrendas que el público quisiera dar. Al igual que en las iglesias católicas, la gente aportaba lo que consideraba.

Ya para la despedida, se entonaba un canto que decía así:

Da la mano a tu hermano, da la mano.

Bríndale una fiel sonrisa.

Da la mano a tu hermano da la mano.

*No importa la iglesia que vayas
si detrás del calvario tú estas
si tu corazón es como el mío
dame la mano y mi hermano serás.*

*Dame la mano, dame la mano
y mi hermano serás.*

Dame la mano, dame la mano.

Dame la mano y mi hermano serás.

Respecto a los hermanos visitantes, estos duraron, en la misión de Lampazos unos 3 ó 4 días. Yo siempre asistía con mi cuñado Pancho, y el último día, ya para irse, repartieron bolsas de comida, como despensas. Las despensas fueron compradas en la tienda de don José Torres.

Ya que se fueron, llegó el siguiente sábado y fui a invitar a mi cuñado, Pancho, para que me acompañara, pero se negó totalmente. Dijo que ya se habían ido los misioneros y que él acostumbraba estudiar la Biblia solo. Yo creo que fue los días que estaban los misioneros, porque sabía que al irse nos darían algo de despensa, como ocurrió.

Yo seguí yendo cada ocho días, ya que a mí sí me gustaba, y aparte me daban oportunidad de pasar a cantar en el micrófono. También, cuando quería hablar sobre algún caso que me había pasado en la vida lo podía compartir con la concurrencia. Por eso estaba agradecido con ellos, por exponer lo que yo quería, fuera en canto o en plática.

Estuve asistiendo a partir de que fueron esos misioneros, por dos años seguidos y lo del

micrófono solamente lo prestaban los domingos.

Simultáneamente asistía a dos iglesias. A la católica, y a la de Emmanuel Pentecostal Evangelista. Había otro señor, paisano conocido, quien se llamaba, Luciano Zorola. También asistía a las dos, y también todos los lunes asistía a las reuniones que se hacían en el DIF Lampazos, que duraban tres horas -de 2 a 5 de la tarde-. Pues resulta que como en este mundo todo se sabe, supieron las mujeres católicas que el señor Zorola asistía a las dos iglesias, y en la reunión siguiente le hicieron una observación, en el sentido que con cuál de las dos iglesias se pensaba quedar, si con la católica o con la evangélica. Yo por mi parte dejé de ir a la Iglesia Emanuel, porque después me iban a decir lo mismo las mujeres del DIF, y seguí yendo solo a la católica.

Lo que me di cuenta es que en las dos iglesias se habla del mismo Dios, sólo que en la evangélica me daban la oportunidad de hablar mis testimonios y de cantar al frente, los cantos religiosos; aunque a veces no les parecía muy bien, ya que en la evangélica les cantaba el coro de:

*Bendito, bendito, bendito sea Dios,
los ángeles cantan y alaban a Dios.
Yo creo Jesús mío que estás en el altar*

*Oculto en la ostia te vengo a adorar
oculto en la ostia te vengo a adorar*

Y seguían muchos versos, pero al llegar a éste, me decían que ya no siguiera con eso que estaba cantando, porque lo que decía el verso de que estaba Cristo oculto en la ostia, no era aceptado por ellos. Decían que a Cristo lo teníamos en el corazón.

Eso fue lo que me hizo que me distanciara de esa iglesia, ya que me decían que les daba tristeza que cantara esos coros, aunque ya tenía varios meses de estar yendo con ellos. Pero yo les decía que yo no compuse esos versos, que fueron los que aprendí desde que estaba chiquito.

Como quiera que sea, quedé bien con esta gente, que hasta la fecha las sigo visitando y sigo siendo bien recibido.

En las iglesias evangélicas, sus miembros, sin excepción se tratan con el título de hermanos entre ellos y se preguntan con auténtico afecto: ¿Cómo te va, hermano?

Una vez, el señor Luciano les contó que su esposa no había ido al culto porque se sentía un poco triste, y quería que fueran algunos miembros de la iglesia a consolarla. Entonces intervine yo, diciéndoles:

-Yo por mi parte puedo asistir con el grupo de gente que va a ir a la casa de la esposa del señor Luciano.

Me dijeron que me faltaba algo de preparación, que desde el punto católico sí podía, pero por el lado evangélico, me faltaba un poco. Pero como quiera, el señor Luciano sí aceptó que fuera a su casa y le recé un rosario católico a la señora. Ésta quedó muy agradecida y muy contenta. Recuerdo que prendí unas velas y le canté. Y todos, hincados rezábamos juntos el rosario.

Capítulo 16

Joaquín Vázquez,
alias “El Candela”

Era una persona como de 50 ó 60 años de edad, que trabajaba de pastor de cabras, originario de Candela, Coahuila, y que por alguna razón se vino a trabajar a Lampazos. Este señor tenía costumbre de pedir el pago por adelantado, comprometiéndose a irse de pastor. Este dinero lo pedía aún sin haber empezado a trabajar.

Don Francisco Rodríguez, que fue mi patrón allá por el año de 1934, y quien era ganadero, tenía su ganado rumbo a la Presa Don Martín y ocupaba con mucha frecuencia pastores de cabras. En una ocasión mandó a su hijo, Goyo, a Lampazos, para que buscara dos pastores para que fueran a trabajar a su rancho.

Primeramente me habló a mí, ya que me conocía. En otra ocasión había trabajado con él y me contrató. Me dijo que para tal día pasaría para llevarme al rancho, y que iba a buscar a otro pastor, ya que su papá, don Francisco, le solicitó que consiguiera dos.

Y cuando andaba buscando al otro pastor, en Lampazos se topó con Joaquín Vázquez, “El Candela”, y lo contrató. Le dijo que el viaje sería en unos 2 ó 3 días. “El Candela” le dijo que le tenía que adelantar 2 ó 3 meses, y Goyo, para tenerlo seguro, efectivamente le pagó los 45 ó 60 pesos, ya que el pago sería de 15 ó 20 pesos por mes. También, Goyo le advirtió que vendría en unos 2 ó 3 días por nosotros para irnos a trabajar al rancho.

Ya una vez con el dinero en su bolsillo, “El Candela” se fue a las cantinas a emborracharse; esto me lo contó él mismo. Cuando ya tocaba irnos al rancho de don Francisco, vino a Lampazos el joven Gregorio. Traía un guayín con dos bestias, y primero fue a mi casa por mí. Yo ya tenía lista mi maleta que contenía un poco de ropa, cobijas, algún machete y cuchillo, como herramienta de trabajo. Entonces me dijo Goyo:

-Ya echaste tu ropa, Vidal, ahora vamos a buscar al Candela.

Nos fuimos rumbo al convento, donde todavía andaba en una cantina que era propiedad de Fortunato Iruegas. Entonces lo subimos al guayín, por un lado, pues Goyo también llevaba mercancía que necesitaba para el rancho.

Para llegar al rancho donde trabajaríamos, teníamos que pasar por el poblado llamado de La

Barranca, por el camino que conduce a la Presa de Don Martín. Al pasar por La Barranca, se dio cuenta El Candela y dijo unos versos que recuerdo muy bien decían así:

*Al pasar por la barranca, te atrancas
Y al pasar por la vereda, te enredas*

Y continuamos caminando, caminando, y llegamos ya tarde al rancho. Al otro día ya nos dieron 300 cabras a cada quien, pero como Candela ya debía los 2 ó 3 meses, se tenía que aguantar los meses pagados hasta que pasara el tiempo. Sin embargo en mi caso cuando yo decidía pedirles el relevo, para irme a mi casa un tiempo, lo podía hacer la fecha que yo quisiera, sólo me decían que les avisara con tiempo.

Pero “Candela” tenía por costumbre también, que si por allá, campeando con las cabras, se encontraba a otro patrón de ganado, platicaba con él, y éste le llegaba a ofrecer unos 5 pesos más que lo que le habían pagado don Francisco, él aceptaba inmediatamente. Entonces el nuevo patrón le prestaba lo que requería para ir a regresarle a don Francisco, lo que le había adelantado.

Para esto, don Francisco le decía que tenía que esperarse, para que buscaran otro pastor y poderlo

suplir. Entonces así, Candela se iba con el otro patrón.

Así trabajaba este señor que le decían “El Candela”.

Capítulo 17

Recuerdos de la Revolución Mexicana

Antes de que llegara la revolución a Lampazos en 1913, les avisaron a las monjas encargadas del Colegio y del Convento que sacaran todas las cosas de valor, así como todos los papeles de importancia, y también en la Iglesia del Sagrado Corazón -que estaba en el lugar que ahora está el convento-, porque al llegar la revolución a este pueblo sería quemado por los revolucionarios.

Las monjas hicieron caso de este aviso y se fueron de ese lugar. La historia no dice si se fueron a refugiar a algunas de las casas ricas de las pocas que había en el pueblo, o tal vez a otro lugar, huyendo del inminente desastre.

En cuanto a la imagen del Sagrado Corazón de la Iglesia del convento, fue trasladada al Templo de San Juan Bautista, porque este templo carecía de imagen y que, aunque ésta no le correspondía por el nombre, ahora tenía esta preciosa imagen.

Cuando llegó el sacerdote, don Emilio N. Moreno, el otro padre que estaba encargado del

templo, no le explicó que la imagen que había arriba del altar no correspondía a la de San Juan Bautista, y entonces el padre Moreno creyó que el nombre de la Iglesia era la de Sagrado Corazón, y al empezar a hacer inventario de todos los enseres que acababa de recibir, mandó hacer una placa donde dijera:

Con esta fecha recibí los enseres y todas las demás cosas que había en la Iglesia del Sagrado Corazón.

Y cuenta la historia de Lampazos, que escribió don Ernesto Zertuche, que esta placa existe todavía en el interior de este Templo.

Años después de que llegó el Padre Moreno, él cambió la imagen que estaba por otra que ahora sí representaba al santo de San Juan Bautista, y esta fue donada por don Liborio Bortoni. Fue entonces que ya se quedó la imagen que iba acorde con el nombre que tenía esta iglesia. Ahora están las dos imágenes dentro de este templo.

Después de terminada la revolución, volvieron a Lampazos un grupo de monjas con el mismo nombre del Verbo Encarnado, fundando en otro lugar un colegio, y rentaban la casa de doña María Garza, que está en el crucero de las calles García Naranjo y Bravo, frente a la Casa de la Cultura.

Como digo al principio, nadie sabe con certeza si ese grupo de monjas vivía en alguna casa de Lampazos o fueron otras que vinieron de Monterrey; pienso que tal vez fueron las mismas que estaban en el convento que fue quemado. En virtud de que estas monjas daban clases de religión, también tenían una escuelita para impartir clases de materia laica, al igual que las escuelas de gobierno.

En 1925, yo era un niño de 10 años, y era muy renuente para continuar en la escuela pública del municipio y con frecuencia faltaba a clases o me huía de la escuela, y en algún momento ya no quise ir. Entonces, mis padres, por tal motivo me dijeron que me iban a echar al Colegio de las Monjas para que terminara el 4º. Grado. Y una tarde, mi madre me dijo:

-Vamos a hablar con las monjas del convento para ver si te admiten en su colegio.

Dicho y hecho. A la mañana siguiente, mi madre y yo llegamos a la puerta del colegio y entramos al porche. Mi madre tocó el timbre que estaba por dentro, y cuando lo oyeron sonar, vino la madre superiora a recibirnos y nos saludó a través de un tipo mampara y le dijo a mi madre

-¿Qué es lo que desea?

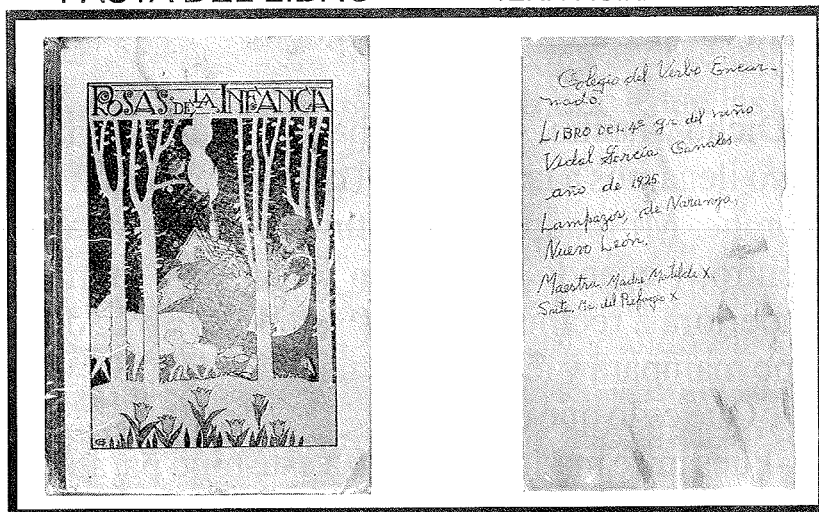
-Pues mire madre, le traigo a este niño para ver si me lo pueden admitir aquí, y ver si aquí ya puede

terminar el 4º. año de primaria. El niño ya sabe leer y escribir y conoce muy bien los números, pero no quiso terminar el año en la escuela de gobierno; a ver si aquí sí termina. También quiero que me haga el favor de decirme cuánto me cobraría por mes, por la aceptación de mi niño en el colegio.

Entonces mi madre le dijo que éramos pobres, que su esposo era invidente y por eso no trabajaba. Que ella se mantenía lavando ropa ajena. Al escuchar la madre superiora estos comentarios de mi madre, le dijo:

-En virtud de la situación en que su familia se encuentra, voy a cobrarle solamente 50 centavos cada mes. El libro, que tendrá que comprar, es el de lectura y se llama: Rosas de la Infancia. La autora es, María Enriqueta, viuda de Pereyra. El libro cuesta un peso.

PASTA DEL LIBRO



4to. Libro; Testimonios de 71 Don Vidal García Canales

En el 4º. Grado mi maestra fue la madre Matilde. Dentro de los compañeros de grupo, estaban los hijos de, Santiago Guajardo, quienes vivían por la calle Zuazua y Antonio I. Villarreal y eran de Candela. Ellos eran Ramiro, Santiago, Gregoria (Goyita), Marina e Isaura. La mayor parte de mis condiscípulos era gente rica, pero también había gente pobre, como yo. Entre los que recuerdo puedo mencionar a: Pablo Mata, Luis Pérez (viene a ser tío de la señora Lupita Pérez), y Concepción Zapata. A ellos los dejaron en los salones de abajo y como a mí me hicieron una pequeña evaluación de lo que había aprendido en la escuela de gobierno, fue que decidieron que, de acuerdo a la capacidad demostrada, me quedaría asignado en el segundo piso donde estaban los niños ricos.

La escuela de las monjas era mixta, de niños ricos y unos cuantos pobres. Había otra de hombres y mujeres, pero de niños pobres, que estaba a un lado de la escuela de dos pisos y era de uno solo.

El colegio era de turno matutino y vespertino; los niños íbamos a comer a nuestras casas y regresábamos en la tarde.

4to. Libro; Testimonios de 72 Don Vidal García Canales

En cuanto al comedor donde las monjas tenían la cocina para hacer de comer, estaba situado por la calle Bravo, pegada al colegio: Eran casas de un solo piso y tenían una noria tipo indio, con mecate, carrillo y cubeta. Casi siempre las norias estaban en los terrenos de las casas, pero ésta se encontraba dentro de la casa, donde estaba situado el comedor.

Por las mañanas se levantaban muy temprano a hacer oración, y también a la hora de cada comida llamaban con una campanita para que todas las monjitas se juntaran a tomar los alimentos.

Hoy también recuerdo con nostalgia que para festejar el día de la Virgen de Guadalupe, la madre superiora cantaba al compás del piano, y decía la canción:

*Martinino, Martinino,
duerme ya, duerme ya,
tocan las campanas,
tocan las campanas
din don dan, din don dan.*

Y la cantábamos nosotros también.

Regresando con el tema del Padre Moreno. Él vivía en la iglesia, en los cuartos de la sacristía, y la comida se la preparaban las monjas y la mandaban con el sacristán Jesús Santos Guerrero. Estas monjas eran del mismo grupo, pero vivían en otra casa separada del colegio. Estaban por la calle García Naranjo, entre Hidalgo y

Cuauhtémoc, de esta casa era donde le hacían la comida al padre y se la llevaban diariamente (almuerzo, comida y cena). Esta casa estaba cerca de la casa que ahora es del DIF y que en 1925, vivía un señor de nombre, Luis Vázquez; era güero y romito.

En cuanto al vestuario que usaba el sacerdote, también estas monjas eran las que se entendían con la limpieza y el planchado. En Monterrey, les llaman "Oblatas" y son las que arreglan los trajes de los cardenales, obispos y sacerdotes.

El Padre Moreno, para bañarse en tiempo de calor, iba a los baños que estaban allá por la calle Mina, cerca del Ojo de Agua, donde estaban las casas de la señora Genoveva González y de los señores Luis y Santos Castaño. Iba allí porque eran baños privados y seguramente pagaba alguna cantidad. Yo nunca lo vi que se bañara en el baño de don Samuel Cantú, que también era público.

Según habla la historia de Lampazos, este sacerdote duró cerca de 20 años al frente de la iglesia. Tenía muy buenos amigos. Uno de ellos era don Ernesto Zertuche González quien escribió el libro: "Lampazos mi Hidalga Tierra".

En cuanto a la muerte del padre Moreno, supe por mis parientas, las González, que falleció en Monterrey. Esto lo supe allá por 1950.

Capítulo 18

Doña Librada Valdez y su hija

Este es el caso de una hija de doña Librada Valdez, vecina de mi casa, de la calle Matamoros, en Lampazos. Esa hija estaba construyendo una casa, y contaba su madre que cuando su hija terminara de construirla, iban a invitar a todas sus amigas del barrio para festejar la inauguración. Pero antes, la muerte la sorprendió y jamás vio terminada su casa.

Testimonio contado por mi abuelita, Ma. del Refugio Rodríguez Galván.

Capítulo 19

Los fuertes fríos en Lampazos

Hablaré de la temporada invernal y de los meses que hacía más frío y de qué forma se la pasaban los pobres y los ricos en Lampazos de Naranjo, N.L.

Por lo general la gente pobre hacía de comer con leña, que en aquel tiempo era muy barata y se conseguía en las tiendas grandes. Por la noche, después de cenar, se acostumbraba meter brasas en una bandeja. Mi padre tenía una pala vieja, sin mango. Recuerdo que era de punta cuadrada; allí echaban las brasas y arriba de ellas colocaba un clavo o alcayata; era cuadrado, con cabeza más o menos de 4 pulgadas, de los que se usaban en los durmientes de los rieles. Había otras gentes que echaban rondanas de fierro o herraduras viejas, para que todos esos fierros absorbieran el monóxido de carbono que expedían las brasas.

También se acostumbraba abrir un espacio por donde entrara aire o abrir una parte de una ventana.

La gente que tenía manera (dinero), prendía la estufa con leña y sacaban brazas y las colocaban en una especie de anafre o vasija, tomando la precaución de también ponerle un pedazo de fierro, para que librara a las familias de respirar monóxido de carbono.

En cuanto a las estufas metálicas o de leña, no había problema. Estas tenían un tubo que salía hasta afuera como chimenea; así que en este caso el calor también calentaba la casa.

Sobre este mismo tema de crudos inviernos. En aquellos años de los 20, 30 ó 40 y tantos, la gente pobre, como la gente rica, usaban cobijas para salir a la calle. Era muy común ver a la gente que andaba por las calles y en las tiendas con cobijas. Había otras especies de cobijas, más económicas que eran los llamados zarapes. Venían de Saltillo. No tenían manga; eran muy coloridos y estaban muy calientitos. Recuerdo haber visto al Alcalde, señor Cosme García, en 1926, que andaba en el Palacio Municipal con una cobija de buena calidad; así se tapaba y se protegía del frío. Deseo aclarar que traía el saco abajo y arriba se ponía la cobija.

Además de los zarapes, había otras prendas para taparse; se llamaban "Maquinov". Eran como chaquetas de lana para chicos y grandes y también

eran muy calientitas.

En el campo también se prendían fogatas para calentarse. Allí no había problema de ponerle fierros a la lumbre, ya que se ponían al aire libre y pues, eran lugares que se improvisaban, como majadas o jacales.

En cuanto al frente frío, cuando estaba muy fuerte, todo, donde hubiera agua se congelaba, o si había verduras o frutas sembradas, ya sea chile, tomate, etc., se congelaba y se hacía como una capa de hielo, esto cuando bajaba a punto de congelación.

Recuerdo que en el invierno de 1989 estaba en Lampazos y cayeron varias heladas. Los nopales de castilla se quemaron completamente. Se fueron abajo y ya no retoñaron. Había que volver a sembrar otros.

En el Cerro de Lampazos, los barretales se quemaban también. Aquí no se quemó la raíz ni el tallo, sólo se quemó de la mitad para arriba. Estos son una especie de arbustos que crecen como dos metros de altura y son palos gruesos. Se cortan con el hacha para hacer postes de madera y corrales de cabras. Las ramas de los barretales también se usan para hacer cercas. Para hacer éstas, primero se hace la preparación con los

postes de barreta y se colocan dos o tres hileras de alambre de púas, para después poner entretejidas las ramas de barretas.

En el campo, supe que hay un arbusto que se llama Candelilla, cuyas hojas las come mucho el ganado menor. Éste sí resiste las heladas.

Algunos ancianos de 70 años o más, que eran pastores y que andaban en el campo, con las fuertes heladas se entumecían y tenían que hacer una lumbre grande para que se les quitara el frío.

En los fuertes fríos, el agua que iba por la acequia, corría vaporizándose; se veía que salía humo y era puro vapor. En cambio en las vasijas llenas de agua, amanecían con puro hielo.

En cuanto al agua del Ojo de Agua, los sabinos se congelaban las ramas y los plátanos se quemaban y caían al suelo.

En 1951, hubo una helada tan fuerte, que en la región de Montemorelos se helaron todos los árboles cítricos. Esto salió en los periódicos. El dueño de unas granjas de árboles de naranjas perdió toda su cosecha y decidió suicidarse.

Otra cosa que quiero comentar es que, en tiempo de frío, a los rieles, para que el tren pudiera

avanzar el ferrocarril, automáticamente se iba echando arena en las ruedas delanteras del tren, ya que esas son más chicas que las de atrás. Era para evitar que se resbalara la máquina y pudiera ocasionar un accidente (esto lo platicaba la gente antigua).

El señor Ramón Guillén Méndez, me platicaba que las máquinas de los trenes llevaban una especie de imán, el cual tenía la propiedad de parar los motores de los autos para que no avanzaran. Quien sabe si esto será cierto. Sólo consigno lo que él me dijo en ese momento.

Capítulo 20

Las casas de los Vázquez

La primera de ellas se encuentra frente al palacio municipal, en el cruce de las calles, Hidalgo y Juan Ignacio Ramón, en la esquina sureste. Sus moradores eran, don Humberto Vázquez, don Carlos, las señoritas, Carmen Vázquez, y otra señorita que estaba enfermita, de la cual no llegué a conocer su nombre.

La otra casa, que está situada por la calle García Naranjo, era donde vivía don Luis Vázquez y su familia. Es en donde hoy se encuentra el DIF de Lampazos.

La tercera casa, que era de alto, está ubicada en el cruce de la calle Xicotécatl y donde termina la calle Cuauhtémoc. Como referencia, había una placita para peleas de gallos. Esta casa era de piedra especial. En cuanto al terreno de esta casa, tenía árboles frutales: manzano, membrillo, plátano, nueces, naranjas y limones. Esto era porque allí es como una ciénega, ya que por allí pasa la acequia y un baño que se utilizaba para bañarse la gente que vivía allí. Tiempo después, en esta casa vivían otras familias de apellido Zamora.

En cuanto al señor Albertito, tenía dos casas en direcciones diferentes. La primera, situada en la calle Zuazua, junto a donde hoy es la escuela secundaria, entre la calle Dr. Díaz y Juan Ignacio Ramón. En esta casa vivía él, y la otra finca la tenía en el cruce de las calles Matamoros y Rayón, esquina suroeste. Era una casa con dos piezas, y tabique enmedio. La rentaba a la gente pobre, de escasos recursos. En el fondo del terreno, pasaba la acequia y había nogales que daban muy buenas nueces, y también había granadas.

Características personales que tenía don Albertito Vázquez (lo conocí allá por la década de los 20-30)

Era un hombre solo. Nunca fue casado. En su casa vivía completamente solo.

En la casa que estaba cerca del convento guardaba las nueces y las vendía junto con las granadas.

Una de las cosas que hacía en su casa, de la calle Zuazua, en tiempo de calor, era salir a la puerta, en pleno sol, con un carrete de hilo en la mano (el puro carrete) se ponía a matar hormigas, hasta que se aburría y se metía a su casa.

En cuanto a la señorita enfermita, ella vivía junto con su hermana Carmen, que era la mayor y la llevaba a la iglesia. Recuerdo que la frase favorita que siempre decía era “A la tarde, a la tarde”. Esto era allá por el año de 1927 y siguientes.

Por lo que toca a las razones de porque nació así, los lugareños decían que cuando su madre estaba embarazada y vivían en la casa que esta frente al palacio, cierto día la señora salió a la puerta de la calle, para ver quien pasaba. En ese momento pasaba por la calle una persona inválida que, para caminar tenía que cojear, por estar chuequita, y a decir de las gentes que la escucharon, aseguran que ella se burló de esa persona, y cuando la niña nació, nació enfermita.

Don Humberto tenía una tienda en la esquina de Juan Ignacio Ramón e Hidalgo y allí vendía dátiles a centavo cada uno. Los dátiles los sacaba de las palmas que tenía en su casa.

Capítulo 21

El preso que se salió de la cárcel

Don Juan Garay me contó que, allá por los años 90, cuando él era policía, se le salió un preso de la cárcel de Lampazos ese sujeto brincó la tapia, y se metió al terreno de los Vázquez, en la casa donde vivía, don Humberto. Varios policías le pidieron a los que allí vivían, que les permitieran entrar para buscar al preso que se fugó.

Al preso no lo encontraron, pero dieron a un lugar que era como una especie de cueva. Era de regular altura, y al intentar meterse en busca del preso, sólo encontraron dos ruedas de carretas, grandes, recargadas en la cueva.

En las décadas de los 20-40, esta cárcel estaba ubicada en la calle, Juan Ignacio Ramón, entre Cuauhtémoc e Hidalgo. Era una construcción antigua.

Capítulo 22

El Callejón al Puente Colorado.

El Callejón al Puente Colorado, es una de las obras que hizo el Ing. Mario González Quiroga, en su administración de 1995 a 1997. Fue una obra que ninguno de los alcaldes anteriores había realizado. Esta obra comprende dos cuadras que principia en la calle, Juan Ignacio Ramón, cruz con Allende, y corre hacia el oriente, pasando por Xicoténcatl hasta llegar al Puente Colorado.

La obra consistió en pavimentar con cemento y varilla estas dos cuadras hasta llegar a la calle Matamoros. Dicha obra la hizo para solaz esparcimiento de los peatones y para mayor seguridad de éstos, bloqueó las dos calles con tubos. También bloqueó la calle que da el acceso a Juan Ignacio Ramón. Bloqueó la bocacalle de Allende y dejó libre la que hace cruz con Allende. También dejó libre la que hace cruz con Xicoténcatl. Por allí pueden pasar los automóviles, y los del mercado rodante; para entrar y salir ellos con su mercancía. Porque en un tiempo cambiaron el mercado rodante al Callejón al Puente Colorado, pero la estancia duró poco, en vista de que allí es ciénega, y se quedaban charcos

de agua sobre el pavimento de concreto. Entonces volvieron a cambiar el mercado a donde antes estaba.

Además en ese callejón se colocaron bancas de granito de medio uso, pero el vandalismo pronto las tumbó al suelo. Volvieron a pararlas y las volvieron a tumbar; algunas quedaron con las patas arriba por un buen tiempo.

Capítulo 23

El susto de Arturo Santos

Arturo Santos era soltero y vivía con su hermano, don Jesús Santos, el comandante. Ellos vivían a la altura de las calles, Allende y Galeana. Arturo trabajaba como vendedor de pan, por la calle, ganando un porcentaje de la venta. En vista de que lo que ganaba era insuficiente para sostenerse, se dedicaba por las noches a acarrear agua de la acequia en unos botes gaseros, de hojalata. Trabajaba para don Perfecto Guerra, quien tenía un restaurante, frente al burdel de doña Petra González.

Ya tenía algún tiempo de estar yendo por el agua al Puente Colorado, y para no rodear por la calle Allende y Galeana, se iba por una vereda y cruzaba para acortar la distancia y llegar a la acequia, donde debía llenar los botes con agua. Para esto había un paredón que servía para ocultar a algunas personas con cierto fin. Este testimonio me lo contó Antonio Aguirre Álvarez, y de cómo él y otros dos de sus compañeros, se pusieron de acuerdo para darle un susto al señor Arturo.

El susto consistía en quejarse al mismo tiempo así:

-¡Ay!, ¡Ay!, ¡Ay!

Entonces, cierta noche que el señor Arturo bajó a la acequia para llenar los botes. Una vez llenos, subió para llegar al nivel de la calle Matamoros, pero antes de que llegara, oyó el quejido de los bromistas. Se asustó tanto que soltó los botes con todo y agua, y se fue corriendo por la vereda para dar parte a don Perfecto Guerra y que éste supiera lo que le había sucedido, diciéndole que había unas personas quejándose por el rumbo al Puente Colorado; que por eso había aventado los botes con todo y agua.

Entonces le dijo don Perfecto Guerra:

-Ahora me acompañas, para ir al Puente Colorado, a ver si por allí están esas personas que te asustaron con sus quejidos.

Y se fueron los dos, cruzaron la vereda y llegaron a la orilla donde estaba el paredón. Entonces le preguntó don Perfecto:

-¿Dónde están los que te asustaron?

Y don Arturo le contestó:

-Allí, atrás del paredón.

Al asomarse don Perfecto, no había nadie. Ya se habían ido los malosos. Don Perfecto y el señor Jesús vieron que allí estaban los botes vacíos, y le dijo don Perfecto:

-Vuévelos a llenar y llévalos al restaurante. Los que te asustaron ya estarán muy lejos.

A partir de entonces, le dijo el señor Arturo a don Perfecto que ya no quería trabajar con él, por el susto que le habían dado.

Por mi parte no supe que fin tuviera el señor Arturo, ya que yo siempre trabajaba en el campo. Lo único que supe fue que vivió con su hermano de nombre Jesús Santos, el comandante y su esposa de éste que se llamaba, Angelita Aguirre

También deseo comentar que en esa misma casa, tuvo un burdel la señora, Petra González, allá por los años 30-40, después se cambió rumbo a la estación.

Capítulo 24

La familia de las Castaño

La señora, Carmen Castaño, era esposa del señor Juan N. Arellano. Él era sastre; tenían tres hijos: Socorro, la mayor, Purita y Juan, el más chico.

Esta familia vivía por la calle Xicoténcatl, hoy Dr. Díaz, entre Bravo y Zuazua.

Doña Carmen tenía una hermana de nombre Juana Castaño, al parecer mayor que ella; nunca fue casada, y vivía con ellos. En vista que no tenía hijos, hubo alguien que le regaló una niña, a quien puso el nombre de Dora. Cuando esta niña llegó a la edad escolar, la inscribió en la escuela, Josefa Ortiz de Domínguez. Allí estudió la primaria. Recuerdo que esa niña le ayudaba a su mamá en los quehaceres de la casa.

En el año de 1930, recuerdo muy bien, esa niña iba avisarle a mi mamá que fuera por la ropa a casa de la señora Juana Castaño, para que la lavara. Mi mamá me mandaba por dicha ropa, la cual lavaba en la acequia. Mi mamá le cobraba a 25 centavos la docena, lavada, secada y doblada.

Con el paso de los años y en vista de que en Lampazos no había teléfonos, se puso una oficina telefónica para que el público hiciera sus llamadas; la oficina estaba instalada en la calle llamada del Comercio, hoy García Naranjo esquina con Hidalgo.

En el año de 1975, había ido a Lampazos y tuve la necesidad de usar el teléfono para hablar con mi esposa a Matamoros, Tamps.; la persona que atendía era la señorita Dora Castaño, quien venía a ser la niña adoptada.

Allá por los años treintas, murió el señor, Juan N. Arellano y después su esposa Carmen. También me enteré del deceso de doña Juana, quien al parecer era más grande que doña Carmen.

Al final de cuentas la casa la vinieron heredando los hijos de Doña Carmen Castaño, y después la vendieron al Dr. José Cruz, quien ahora tiene una farmacia en la que no ocupa dependientes; aparte es el doctor del periférico del ISSSTE número 2.

En cierta ocasión que vinimos de Matamoros, mi esposa y yo, paramos en la casa donde vivían mis hijas en Monterrey, en la calle Aramberri, 1323, oriente. Estaba entre las calles de Platón Sánchez y Álvaro Obregón. Un domingo, cuando íbamos a la iglesia, nos topamos en la calle a

Socorro Arellano y platicamos un rato. Fue ella la que nos dijo que ya habían vendido la casa de Lampazos.

La señora, Socorro Arellano Castaño, era de mi generación. Se casó con un señor de nombre, Manuel Villarreal, con quien vivió algunos años y luego se divorció; al parecer no hubo hijos. El señor Manuel Villarreal les había comprado a los Naranjo, una parte de la casa que está en la dirección de Zuazua y García Naranjo. Allí vivía solo, después del divorcio. Cuentan que en esa casa lo encontraron muerto; al parecer le dio un infarto. Los vecinos se dieron cuenta de que tenía varios días sin salir, y fueron a avisar a la presidencia municipal, para que alguien viniera a ver qué le había pasado a don Manuel. Recuerdo que allá por los años de los noventa, ya vivía solo en esa casa. La entrada principal era por la calle Zuazua.

Decía mi madre que las Castaño también eran dueñas de la casa que estaba ubicada a la altura de la calle Allende, con Juan Ignacio Ramón. Allí doña Juana -cada vez que había temporada de fruta-, levantaba mucho membrillo, y como también tenía sembradas plantas de rosales, cuando tenían flores, las cortaba y ya secas, los pétalos servían para hacer purgas. Estos pétalos los vendían en la casa de doña Juana.

Modo cómo se hacían las purgas:

Para purgar a los niños y a la gente grande, se compraba piloncillo y se ponía en un recipiente con agua, más o menos medio piloncillo en un litro de agua, para una persona. Se le agregaba un puño de pétalos de rosas, ya secos, y sin hervirse, se dejaba toda la noche. Al día siguiente por la mañana, antes de dársela a la persona, se colaba y ya estaba lista para tomar. Esta purga hacía efecto en el transcurso del día. Así las personas que sabían este remedio casero, no gastaban dinero en ir a la botica a comprar purgas hechas. Mejor iban con las Castaño y le compraban hojas de rosal; así gastaban menos.

Recuerdo que don Juan N. Arellano andaba muy trajeado cuando asistió a los funerales de mi padre, el 3 de mayo de 1929. Yo trabajaba de pastor y ese día le dije a mi patrón don Polo Rodríguez, que no iba a poder cuidar las cabras, porque había muerto mi padre. Y tengo bien presente que el señor Arellano, que era el sastre del pueblo, andaba muy trajeado, y era acompañado de otro señor de nombre, José Téllez, también con traje, corbata y sombrero de lana. Y es que ellos eran muy amigos de mi padre.

Capítulo 25

La muerte de don Antonio Chapa Luna

Este señor, que fue mi compañero de escuela primaria, nació con mala estrella, como se dice comúnmente cuando a alguien le va mal, porque desde que era chiquito, allá en Lampazos -vivían con sus padres por la calle Bravo, entre Xicoténcatl y Juan Ignacio Ramón-, le pasaban a él y a su familia muchas situaciones desafortunadas.

He hablado en otro testimonio que, cuando tenía a su madre, él y su hermana Juana, estaban chiquitos. Fue por 1916 ó 1917 y era tiempo de calor. Desgraciadamente una noche entró un coyote al patio donde estaban dormidos y mordió a la madre de Antonio. Como en ese tiempo no había curación para la rabia -aunque si le aplicaron algunas inyecciones-, la mujer falleció.

El padre de Antonio Chapa contrajo matrimonio por segunda ocasión con la señorita, Guadalupe Cárdenas, quien se entendía con sus hijos adoptivos. Había otra señora en la casa donde pasó lo del coyote con rabia. Le decían “doña Cona”, pero se llamaba, Concepción Enríquez. Ella apoyaba a la señora Lupe con los dos niños.

Cuando llegó el tiempo de estudiar, este niño entró a la escuela, Felipe Naranjo, que estaba en la calle Cuauhtémoc, entre García Naranjo y Juan Ignacio Ramón. Pasaron varios años en la escuela, cuando allí mismo, a Antonio le pasó un accidente. Resulta que una tarde a la hora del recreo, había un grupo que tenía costumbre de jugar beisbol en el patio de la escuela. Antonio andaba jugando con los demás en el patio, y el bateador en turno tenía por costumbre aventar el bate hacia atrás para agarrar vuelo y pegarle a la pelota, pero en ese preciso instante pasaba Antonio y, desgraciadamente, le pegó con el bate en la boca y le tumbó varios dientes, al punto de no poder hablar; lo llevaron a curar al Centro de Salud.

Por mi parte fui a visitarlo a su casa, ya que era mi compañero. Él estaba acostado en la cama con un cuaderno y un lápiz en la mano y allí apuntaba lo que necesitaba. Tomaba nota la señora Lupe y también doña Cona, que eran las que estaban en la casa. Después de varias semanas de curación y reposo, volvió a hablar este niño.

Una vez que este niño había terminado la primaria, creció y llegó a los 20 años de edad; ya para entonces laboraba con su padre. Cuando yo trabajé con ellos en la región de Camarón, en 1934, como pastor de cabras; su hijo Antonio le ayudaba mucho en la ordeña de las cabras.

Por ese tiempo en la región agrícola de Cd. Anáhuac y Camarón se puso muy difícil el negocio de la venta de leche, don Antonio (padre), decidió vender el ganado. Para entonces ya había trabajado con él, y se cambió a vivir de Nuevo León a Tamaulipas. Se establecieron en la Ciudad de Valle Hermoso, y pusieron un pequeño comercio. Para esto, ya no llevaba esposa; Lupita ya había muerto en Lampazos, y yo estaba trabajando en Matamoros. En cierta ocasión encontré al señor Antonio y a su hijo en un mercado. Pocos años después compraron un camión para que Antonio fuera a México a traer mercancía.

Según testimonios de la gente, dicen que en una ocasión Antonio chico venía de México en el camión. Al llegar a la Cuesta de Llera, adelante de él venía otro camión cargado de mercancía y se accidentó. Se le había salido una llanta y quedó del lado de la carretera, a manera de dejar el paso libre para los demás. Entonces Antonio Chapa, hijo, decidió ayudarle al chofer del camión accidentado y se orilló a un lado. Se bajó y fue a ver qué le había pasado y sí podía ayudar.

Y allí se produjo el trágico accidente. Desafortunadamente, Antonio se paró al lado del camión que estaba en el lado de la carretera y se puso junto al camión accidentado. En ese momento se volteó el camión y le cayó encima. Allí falleció.

Don Antonio grande volvió a casarse por tercera vez, con una señora grande de edad.

En una ocasión que fui a visitar a mi primo, Rogerio González, en Valle Hermoso, después de estar unas horas con él, le dije que ya me iba y como él conocía muy bien a don Antonio, que hasta le hablaba de tú, me dijo:

-Vamos a visitar a Toño a su casa, donde vive con su tercera esposa.

Y cuando ya nos vinimos, me dijo:

-Cuando lo saludaste Vidal, don Antonio se consternó. Tenía muchos años sin verte.

Don Antonio está sepultado en el panteón de Valle Hermoso, y probablemente su hijo. Quien encontró la muerte en la cuesta de Llera.

Capítulo 26

La quincena

Por fin has de venir amada mía
entre mis manos te veré un momento
para luego sufrir el cruel tormento
de que te esfumes el mismo día.

Y te irás prodigando tus favores
a toda esa gente que muerta verte quisiera
el árabe, el tendero, la casera
y todos tus feroces acreedores

Dos veces en el mes con tu llegada
se satura la luz del firmamento
y si retardas tu llegada
siento la espalda al estómago pegada.

Te pusieron por nombre la quincena
no se por qué fantásticas razones
más con tus miserables proporciones
se puede mal comer, más no se cena.

Yo quisiera que fueras más gordita
y que tuvieras menos pretendientes
y que estos, tuvieran menos dientes
para poder gozarte completita.

Se formal y remedia nuestros males
con tu misión fugaz y pasajera
pues a como yo, te esperan
200,000 empleados federales.

Enrique Segovia Cervantes
H. Matamoros, Tamaulipas
1960

El señor, Enrique Segovia Cervantes, trabajaba en el laboratorio de la Sría. de Obras Públicas (hoy Comunicaciones y Transportes, en Cd. Reynosa Tamaulipas). Él fue quien me recitó esta composición poética, y como me gustó, también me la dictó. Él era quien hacía todas las pruebas de los materiales, entre los que había unos pilotes (cilindros de 50 cm). Y como eran pruebas, estos pilotes los regalaban a los empleados; a mí me dio unos pocos. Actualmente hay unos cuantos en nuestra casa, en Matamoros, Tamps.

Capítulo 27

Matrimonio de don Francisco Aguirre

Domicilio: calle del Comercio, hoy García Naranjo, entre Hidalgo y Allende.

Hijos que tuvieron: Carlos, Homero, Antonieta, Francisco y Rogelio.

Don Francisco era comerciante. Su negocio se llamaba, "La Cruz Roja", y debajo decía: Prop.: Francisco R. Aguirre. Aparte, tenía también unas vacas en su propio domicilio, y el vaquero se llamaba Rosalío.

Todos sus hijos tuvieron escuela primaria en Lampazos, Antonieta estuvo en la escuela para niñas, Josefa Ortiz de Domínguez.

Al hijo mayor, Carlos, después de la primaria, ha de haber estudiado la secundaria, preparatoria y estudió para doctor. Allá por los años cuarentas era el jefe del Centro de Salud en Lampazos, que estaba ubicada en el cruce de la calle Zuazua y Juan Ignacio Ramón, en contra esquina de la casa donde nació el General, Antonio I. Villarreal.

Recuerdo que era un niño muy atento, tenía muy bonito carácter, tenía el pelo castaño, era muy tratable con toda gente, se notaba que estaba muy bien educado.

Varios años después de recibirse como médico, contrajo matrimonio con la señorita, Amelia Bortoni y su domicilio lo establecieron por la calle Hidalgo con Juárez, esquina noroeste.

En 1998 me encontré al Dr. Carlos Aguirre por la calle Hidalgo. Me saludó y dijo mi nombre. Me comentó que venía de dejar a su esposa a la misa, y que él iba para su casa; tal vez más tarde regresaría por su esposa.

En el año de 1947, fui a Lampazos de vacaciones, ya que trabajaba en Matamoros y lo fui a consultar; traía un brote de gripa. Me atendió de buen modo y después de haberme recetado, me recomendó que no me mojara. La consulta la cobraba en 3.00 (tres pesos). Era muy atento, muy amable, igual que cuando era niño. El mismo carácter de su padre y de su madre; eran muy atentos con toda la gente.

Recuerdo que allá por el año de 1934, yo venía al pueblo, porque trabajaba en la sierra como pastor de cabras, y traía un poco de dinero. Quería comprar ropa nueva, por lo que le pedía a mi

abuelita que fuera a la tienda de don Francisco para comprarme ropa. Como don Francisco me conocía y sabía mis medidas, le daba a mi abuelita 2 ó 3 mudas para que me las trajera a la casa y me las probara, ya si me quedaban, le enviaba el dinero por concepto de pago, de las prendas que me quedaran bien.

Capítulo 28

El alcalde y la barda

Fue el Ing. Fernando Naranjo Castro quien estuvo como alcalde de 1980 a 1982. Él era hijo de don Leopoldo Naranjo y de la señora, Dolores Castro. Tenía otros hermanos, uno de nombre Américo y una hermana que no recuerdo su nombre.

Don Leopoldo vivía en la calle Zuazua, entre Juan Ignacio Ramón y García Naranjo, y Fernando Naranjo vivía en Monterrey. Cuando iba a Lampazos, paraba en casa de sus abuelos, la casa del General Naranjo, la que está en la esquina de Zuazua con García Naranjo.

Cuando fue alcalde, amplió la barda de piedra, para que el Ojo de Agua tuviera estacionamiento por dentro; también las dos entradas las hizo él. Esto para que los visitantes con carro, tuvieran una entrada y salida por separado. Antes sólo había una sola entrada con puerta de madera, candado y cadena para que entraran sólo las personas; los carros se quedaban fuera. Esto me lo contó mi cuñado Francisco Rivera.

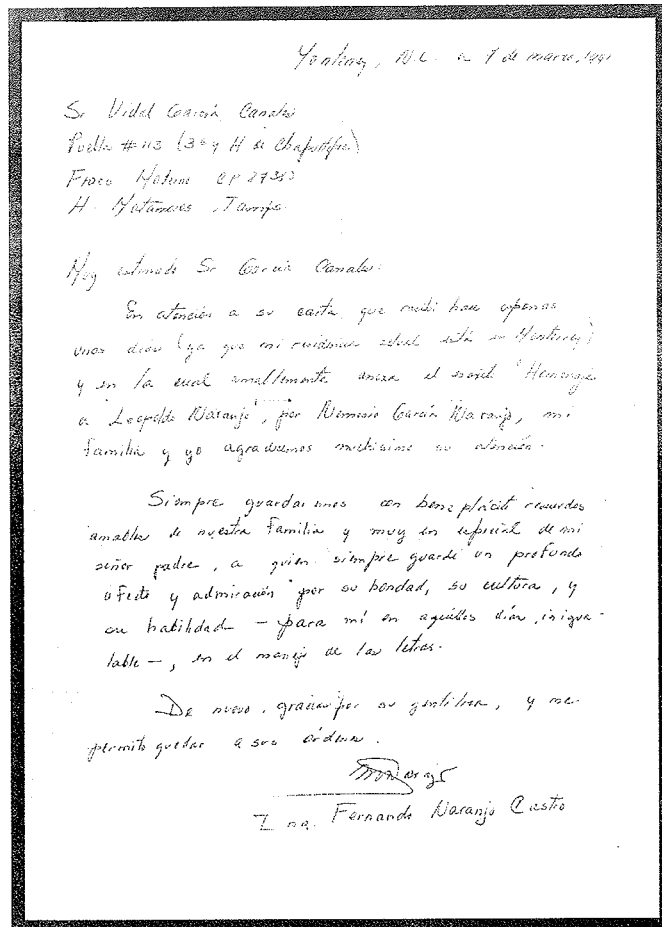
En el mes de marzo de 1991, me encontré al Ing.

Fernando Naranjo en la plaza Juárez. Me saludó, y platicando con él, le dije que yo tenía una copia del mensaje que compuso, Nemesio García Naranjo. El mensaje es del mes de abril de 1949; lo escribió en prosa y decía:

Recientemente murió en Lampazos don Leopoldo Naranjo, hijo del General, Francisco Naranjo, quien luchó en la guerra de Reforma, en unión con otros Generales. Lampazos es la ciudad más pobre de Nuevo León, y con las revoluciones acabó de empobrecer. Muchos de sus hijos salieron de su pueblo para no volver. Leopoldo no fue de esos, se quedó allí, abrazado de sus adobes queridos. Las que fueron viejas moradas con el tiempo envejecen y no brindan ya las comodidades de las edificaciones modernas, pero no importa, los hidalgos se adhieren a ellas y allí perecen.

Este escrito de don Nemesio, y el que yo hice en verso, con el apoyo de éste, se los mandé al Ing. Fernando Naranjo a la dirección de Monterrey, que el mismo me dio, y me contestó la carta a mano, que es la que esta publicada aquí :

Carta de contestación del Ing. Fernando Naranjo a Don Vidal García Canales :



Cuando falleció don Leopoldo, yo estaba en Matamoros, Tamaulipas, y a petición del Ing. Luis Zuazua Barrera, envié un telegrama, dándole las condolencias a la familia.

Posdata: la composición que le hice a don Leopoldo Naranjo, está escrita en el primer libro que sacó la U.A.N.L. en 1998.

Capítulo 29

Mi amigo de primaria

Enrique Iruegas Ramón era hijo de don Enrique Iruegas y de Sara Ramón. Tenía otros hermanos: María de Jesús, Pánfilo y Teodoro, el más chiquito. Esta familia vivía por la calle Hidalgo entre Xicoténcatl y Juan Ignacio Ramón.

El señor don Enrique Iruegas, padre, tenía un negocio en su propia casa. Se dedicaba a arreglar relojes. El hijo mayor, Enrique (casi de la edad de Jesucita, quien nunca se casó), fue mi compañero de primaria en 1924-1926. Éramos amigos y a veces nos íbamos a la majada de su tío, el Gral. Miguel Z. Martínez. Además, en la casa de ellos vivía una señora de nombre Reyes, que era hermana de doña Arcadia Rodríguez, quiera era la madre del Gral. Z. Martínez. También en esa casa vivía otro señor de nombre Pánfilo (grande), recuerdo que todo el tiempo andaba con muletas.

En vista de la amistad que yo llevaba con Enrique, él me contaba que su tío el Gral. Miguel Z. Martínez, le mandaba a su madre 30 pesos para que se sostuviera, pero doña Arcadia -que era una mujer muy compartida con sus familiares-, del

dinero que recibía, daba 5 pesos a su hermana, Nicolasa, quien vivía al lado de su casa, 5 pesos para su hermana, Reyes, quien vivía con la familia de mi amigo, y un peso para Pánfilo grande. Eran 11 pesos en total. Entonces a ella le quedaban 19 pesos.

En la calle Hidalgo vivía otro hermano de doña Arcadia, don Juan Rodríguez con su esposa, doña Nicolasa. Tenía cabras cerca del convento y dos hijos: Victoriano y Ramona. Había otro hermano de doña Arcadia. Se llamaba Hermenegildo, casado con Josefa Solís. Ellos tuvieron seis hijos: José, que no fue casado, don Román Rodríguez, casado con Francisca Gómez, Lupe, otra hija de don Hermenegildo, Leopoldo Rodríguez, el que fue alcalde, quien también anduvo en la revolución y adoptó a un hijo de nombre, Hilario. Manuel Rodríguez, también hijo de don Hermenegildo y Carlitos, quien murió muy chico; era soltero.

Me acuerdo que en los exámenes de 4º. Grado, estaban los padres de Enrique, para cuando entregaran el certificado y las cuentas de ahorro.

En cierta ocasión, en 1927, don Enrique, padre, me habló para trabajar como campero en el Rincón del Cacalote, en la majada del Gral. Z. Martínez, quien tenía como 900 cabras. En ese

tiempo tenían dos pastores, un puntero y un colero. Campero significaba ayudar en la majada, como arrimar leña, hacer panes para los pastores y para los perros, -la diferencia entre el pan de pastor y el que es para perros, es que el de perros no lleva sal-. También ayudaba a ordeñar. En ese trabajo duré como 15 días y me pagaron solamente los días que trabajé: 35 centavos diarios. Iba a ganar 10.00 pesos al mes, pero no duré mucho; como había mucho trabajo, éste era muy pesado para mí. También me ponían a ordeñar chivas; yo tenía doce años.

Cuando Enrique decía “Vamos a la majada de mi tío Miguel” yo aceptaba de inmediato porque estaba cerca del pueblo, detrás de la loma del ojo de agua. Había un camino que partía del ojo de agua rumbo al Arroyo Blanco, y por allí se llegaba a la majada. Había muchos mezquites y si encontrábamos leche hervida, dejada por los pastores que ya se habían ido con las cabras, nosotros tomábamos esa leche y les dejábamos un recado, con los nombres de los dos niños que habían tomado un poco de leche. Esto para que ellos supieran quien había estado allí.

Capítulo 30

Dr. Julián Díaz Leal

Lo conocí en Lampazos en 1920. Andaba con un bastón; era blanco, alto. Tenía más o menos, 60 años; vivía en la esquina sureste de la calle Xicoténcatl, (hoy Dr. Díaz) cruz con Lerdo.

Conocí a sus hijos, ellos eran: Julio, Domingo, Carmen y María. Ella fue mi madrina de bautizo, y su esposo era, Amado Garza Enríquez. Ellos me bautizaron de meses. Les dieron 5 pesos de bolo a mis padres. Esto lo platicaba mi madre.

También conocí a una hija de mis padrinos: Amado Garza Enríquez y María Díaz Tijerina. Se llamaba, Carmela Garza Díaz. Era de mi edad y en 1928 la mordió un perro. Una tarde ella andaba patinando en la Plaza Cuauhtémoc, y como el can tenía rabia, ella murió varias semanas después.

En aquel tiempo no existía cura para esta enfermedad.

Había otros hermanos de Carmela: María Luisa y Amado Garza Díaz; tenían su casa en contra esquina del Teatro Ayarzagotia. Vendían madera.

La justicia del doctor

Julián Díaz Leal

A finales del siglo XIX y siendo vecino el Doctor Díaz de mis abuelitos maternos: Vidal Canales y María del Refugio Rodríguez, por esas fechas ya había nacido mi tío Antonio. Siendo un chamaco de 15 años o menos, era grosero. Le gustaba burlarse de toda la gente. Él había nacido en 1886.

Resulta que le había dado por burlarse del Dr. Díaz, cuando este pasaba por su casa y en una ocasión agarró por decirle malas palabras, de manera que el doctor se sintió ofendido y fue a quejarse con el presidente municipal. Previamente les había advertido a los papás, lo que pensaba hacer si seguía el chamaco con sus burlas.

En la presidencia le dijeron que le iban a aplicar un castigo ejemplar, para que el muchacho ya no se burlara de él. El castigo fue que durante 19 días iban a encerrarlo en la cárcel, y que no iba a poder irse a su casa.

Mi abuelita contaba que para ella habían si sido como 19 años. Y ese fue el remedio. El chamaco ya no volvió a burlarse del doctor Díaz.

Este testimonio me fue contado por mi abuelita, María del Refugio Rodríguez Galván, en 1930.

La benevolencia del Dr. Díaz con la gente pobre.

Se sabe por la historia de Lampazos, que en 1909 pasó un ciclón muy fuerte, y de tan fuerte se cayeron varias casas, y entre ellas le tocó caerse una parte de la pared de la casa de mi abuelita (era de piedra y caliche), techada de carrizo y morillo, con las canales para el lado de la calle. Entonces el Dr. Díaz, como era generoso y sabiendo que la presidencia municipal había castigado a su hijo hacía varios años. Les dijo a mis abuelitos que si aceptaban, él podía mandar a arreglar la parte de la casa que fue destruida por el huracán. Mis abuelos le dijeron que sí aceptaban, ya que ellos no tenían dinero. Esa era la forma tan generosa de ser de este doctor.

Capítulo 31

Casa de mi tío Catarino García

Mi tío Catarino estaba casado con la señora Ma. Antonia Ramón. Ellos vivían en la calle Allende, cruz con 21 de Marzo, hoy Antonio I. Villarreal.

Mi tío se dedicaba al comercio y tenía un negocio denominado “La India”, que estaba contigua a su casa.

Juanita González, quien es mi prima carnal, me comentó que mi tío había muerto en 1919. No lo conocí. Después de su sentido deceso, la tienda siguió bajo la dirección de mi tía, María Antonia Ramón y por algunos de sus hijos. Esto era más o menos como en 1921, ó 1922, y como a mi padre le gustaba mucho ir con sus familiares a platicar, seguido visitaba a esta familia. En una ocasión me dijo que quería ir a saludarlos y me pidió acompañarlo. Llegamos y mi tía Antonia nos recibió de muy buena manera; le dio una silla para que se sentara y a mí otra, y como era cerca del mediodía, llegó la hora de comer. Debajo de la higuera pusieron una mesa para invitarnos. Era una comida muy rica. Después de que comimos les dimos las gracias y nos regresamos hasta nuestra casa, a pie.

Pasaron varios años de la muerte de mi tío Catarino, cuando su esposa y sus hijos, por algunas razones que ignoro-, decidieron abandonar el pueblo para irse a los Estados Unidos, a Del Río Texas, muy cerca de Cd. Acuña, Coah., quedando la finca de Lampazos abandonada. Un tiempo después resultó un inquilino que era comerciante en pequeño. Ese señor se llamaba Porfirio Rodríguez González alias "Pilo", quien estableció un comercio en el mismo lugar donde estaba la tienda "La India". Allí estuvo muchos años y él solo era el que atendía la tienda, ya que no ocupaba a nadie.

Recuerdo que en la puerta principal de la tienda, estaba dibujada una india, pintada con colores, junto con el nombre.

En cuanto al señor Pilo, como era grande de edad, sus hermanos; tenía varios Alejandro, José María Rodríguez, Mauro y las muchachas Micaela, Luvinia, Petra e Isabel quienes tocaban el piano muy bien. Después de años de atender su negocio, por causas de que ya estaba grande y batallaba mucho para ir y venir -vivía por la calle Bravo-, finalmente cerró. Después, sus hermanos decidieron que lo iban a traer a un asilo a Monterrey, donde lo internaron y vivió hasta su muerte, acaecida por los años 90. Esta noticia me la dijo el Ing. Fernando Naranjo Castro. Hasta entonces supe que "don Pilo", que había fallecido a la edad de 95 años, era evangelista. Pertenecía a

la iglesia metodista.

Respecto a la religión de don Porfirio; era católico cuando joven, pero Mauro me contó que se salió de la religión católica porque sentía mucho la muerte de muchos sacerdotes, allá por el sur de México, a causa de la guerra cristera; por esa razón había decidido cambiarse a la iglesia evangélica, es decir, a la metodista. La única que estaba en Lampazos en la calle Juárez, entre Zuazua y Bravo.

Regresando a la casa de mi tío don Catarino. Tenía unos árboles frutales muy bonitos. La casa la dejaron encargada con el señor, José González Tijerina, quien vivía al lado. Ese señor tenía familia grande. En una ocasión platicamos una mañana en su casa. Me dijo que el señor, Rafael Martínez Naranjo, quien era un comerciante en muebles, estaba interesado en comprar la finca. Entonces el señor González les dio la dirección donde vivían los hijos de mi tío Catarino, y el señor Martínez Naranjo se dirigió a Del Río, Texas, para hablar con ellos. Para entonces ya había muerto mi tía, María Antonia Ramón, pero estaban sus hijos, con quien trató el asunto. La contestación fue muy determinante:

- Esa casa no la podemos vender, porque la queremos dejar para recuerdo de nuestros padres,

abuelos y demás antepasados.

Y así fue como el señor Martínez Naranjo se regresó con esa respuesta.

La casa siguió por muchos años en ruinas, y el 31 de octubre del 2009, fuimos a Lampazos en compañía de mi hija, Beatriz y su esposo, Ernesto Álvarez. Nos acompañaba, Elizabeth Saldaña, enfermera del Asilo Luis Elizondo, mejor conocida como Betty. Vimos que un grupo de trabajadores andaban restaurando la casa y pedimos nos informaran de parte de quién se estaba reparando. Nos enteramos que el gobierno estatal había asignado una partida de dinero, para que las casas de las calles principales les arreglaran el frente de las fachadas; para que se viera el pueblo como a la antigua.

Recuerdo que veíamos muchos albañiles que andaban arreglando todas las fachadas; algunos pintándolas, otros, reconstruyendo paredes. Se veía muy bonito el pueblo, que hasta dijeron mis acompañantes:

-Pues cuánta actividad se ve en este pueblo. Ahora si hay mucho trabajo.

Pasamos como a las doce del mediodía, y era la hora del lonche de los trabajadores. Ellos salían de las tiendas; traían refrescos, galletas, tortillas, etc.

-Estos programas, son los que los gobiernos deberían apoyar más, para que la gente de este pueblo y de otros más tengan en que ocuparse comentó mi hija.

-Y por supuesto, también para que no se vayan a buscar trabajo al otro lado remató mi yerno.

Capítulo 32

Ramón Guillén Méndez

Este señor nació en enero de 1915. Vivía en el crucero de la calle Hidalgo y Matamoros, esquina noroeste; allí vivía con su familia.

En 1995, lo llevaron a la Casa de la Cultura para que asistiera a la fiesta que le hicieron como recibimiento, a la señora, Leonor García Naranjo, de Plancarte, hija del Lic. Nemesio García Naranjo.

Al señor Ramón Guillén lo conocí de joven, como de 16 años, allá por los años 30. Era pastor de cabras. Recuerdo que cuando nos encontrábamos en el campo, platicábamos mientras las cabras iban pasteando.

Muchos años después, cuando regresé al terruño, en 1987, lo encontré allá por el Barrio del Ojito; él traía bastón. Me dijo que para dónde iba, y le contesté que al panteón, a visitar la tumba de mis padres. Me dijo que me acompañaría para también visitar los suyos. Entonces nos fuimos por la calle Ocampo, que va a dar directo hasta la calle del panteón.

En lo sucesivo nos veríamos con frecuencia en las bancas de la plaza. Nos poníamos a platicar, y nos fuimos haciendo amigos ya siendo ancianos. En ese tiempo yo tenía como 72 años.

Entre sus pláticas me comentaba que el Lic. Nemesio García Naranjo, cuando venía a Lampazos y se encontraba a sus paisanos, les decía abriendo los brazos:

-Quisiera tener unos brazos grandes, grandes, para abrazarlos a todos.



También me contó que en una ocasión, cuando el Gral. Miguel Z. Martínez estaba internado en la Ciudad de México, supo que Demetrio Hidalgo lo visitaba, porque sabía que estaba enfermo. Al visitarlo, el General le había dicho:

-En el siguiente periodo, tú serás presidente municipal, de Lampazos.

Este señor me platicaba que había sido ferrocarrilero y ya pensionado ahora le pagaban por mes.

El señor Ramón Guillén tenía dos hermanos. El mayor, se llamaba Cornelio y trabajaba en Brownsville, Texas, y la familia vivía en Matamoros, Tamaulipas. Iba y venía todos los días para estar con ellos. A este señor lo conocí desde que estábamos en la escuela primaria. Él estaba unos dos o tres grados más altos que yo. En cuanto al hermano menor, se llamaba Feliciano. Le decían “Chano”, era ejidatario agricultor, en el Ejido Altamirano en Matamoros, Tamps.

También, Ramón me platicó que por allá murió su hermano, Feliciano y me comentó que él fue al funeral.

Además a él le gustaba mucho asistir a las reuniones del DIF hasta que se enfermó y estuvo en una silla de ruedas, en 1994. Falleció en el año 2000.

Capítulo 33

Los Alcaldes de Lampazos:

1900. Alcalde Reyes González.

En la década de los años 1930-1940. Vivía en la calle Zaragoza, entre la calle del Comercio y 21 de Marzo (hoy García Naranjo y Antonio I. Villarreal). Por estas fechas él trabajaba como Jefe de Telegrafistas en la estación del ferrocarril. Tenía 50 ó 60 años. En ese tiempo ocupaba a un muchacho como de 12 años que se llamaba Santos y le decían “El Changay”; su trabajo consistía en llevarle lonche de su casa a la estación y le pagaba 2 pesos al mes. También quiero dejar como antecedente que con el señor Reyes también trabajaba su hermano, Anacleto González. A los dos llevaba lonche El Changay, quien vivía frente a la casa de Beatriz Lozano, en la calle Xicoténcatl, entre Bravo y Zuazua. La mamá del Changay se llamaba Cleofas; la conocí allá por los años de 1926.

1901. Gregorio Castaño.

Referencia, únicamente lo oí mentar-. Era familiar de don Jesús Castaño y su familia tenía un negocio en la calle Hidalgo, cruz con García Naranjo, esquina noroeste.

1907. Manuel Lozano Mejía.

Lo conocí. La referencia que tengo es que mi padre lo consultaba en su consultorio de la calle Hidalgo, entre Juárez y Antonio I. Villarreal. Su muerte fue trágica; falleció en un accidente carretero en un autobús que corría de Lampazos a Cd. Anáhuac, en 1934. El autobús se volteó y este señor se salió por la puerta y el mismo camión lo atropelló. En ese tiempo yo trabajaba en el poblado de Camarón, y mi patrón era Antonio Chapa Ramírez. Era pastor de sus cabras, fue él quien me contó esto que pasó.

En el libro de “Los Nidos de Antaño”, del Lic. García Naranjo, menciona que en enero de 1912, fue cuando él contrajo nupcias con la señorita, Angelina Elizondo, y después de haber salido de la iglesia del Sagrado Corazón, que estaba en el convento, y ya en el banquete en la casa de la desposada, a quien tocó decir el brindis nupcial, fue al conocido Dr. Manuel Lozano Mejía.

1908. Carlos M. Garza. Sólo lo oí mentar.

1912. Juan B. Elizondo. Era suegro del Lic. Nemesio García Naranjo.

1913. Samuel Cantú. Fue alcalde de Lampazos. Dueño del Baño que lleva su nombre. Conocí a sus hermanos en la década de los 20. Ellos eran

Elías y Jacobita Cantú. Vivían por la calle Xicoténcatl, entre Zuazua y Bravo, frente a la casa de Beatriz Lozano.

1915. José María Cárdenas. Tenía su domicilio en el cruce de las calles Xicoténcatl y Cuauhtémoc. Su esposa era doña Manuela. Nombre de los hijos: Manuela, Adelaida y Salvador Cárdenas.

Don Antonio Aguirre Álvarez, me contó sobre la forma de cómo murió este alcalde:

-Resulta que un día, por Lampazos iba a pasar un personaje de Estados Unidos y don José María Cardenas como era el alcalde, acudió a la estación de ferrocarril a recibirlo, pero entre tanta gente había un borracho que andaba escandalizando. El señor Cárdenas tuvo la mala suerte de ir a llamarle la atención para que se callara. El borracho, como traía pistola, le dio un balazo en la cara y lo mató. En aquel tiempo se usaba la ley fuga y fue lo que le aplicaron a este asesino quien privara de la vida a este alcalde.

1919. Clemente Bortoni. Tenía un comercio en la calle Juárez e Hidalgo y vendía ropa, calzado y telas. Su dinero lo tenía en un banco en Monterrey. Cuando hubo una situación económica tan desastrosa que hasta quebraron los bancos -en ese tiempo no había seguros-, él lo perdió todo (esto

sucedio después de la revolución, allá por los años 20), al darse cuenta de lo que había pasado, y que él ya no contaba con nada de sus ahorros, tomó la decisión de suicidarse, dentro de su propio negocio.

1916. Alberto Lozano Ayala. Lo conocí en la década de los 20- Era cochero. Su domicilio era: calle Bravo, entre Antonio I. Villarreal y García Naranjo. Ignoro como o cuándo falleció, pero recuerdo que, cuando murió mi madre, le tocó que la enterraran enseguida de la tumba de este señor. (Está al norte del laurel).

1921. Pablo Cruz Garza. Lo conocí en la década de los 20. Vivía por la calle Bravo, entre Juan Ignacio Ramón y Xicoténcatl.

1922. Enrique O. Garza Enríquez. Era sobrino de mi padre, Francisco García. Fue él quien casó a mi tía Matilde, y también a mi tía Marianita.

1926. Cosme García. Era el alcalde. También era ganadero, dueño de la carnicería situada por la calle Hidalgo, entre Antonio I. Villarreal y García Naranjo. Fue en este época cuando yo andaba en la calle y andaba vendiendo carne de chiva y quesos, ya que había dejado la primaria, pues no había terminado el cuarto año de primaria. Esto lo cuento con todo detalle, en el tercer libro de esta

serie, en el apartado llamado: Los libros de primaria. Sólo deseo comentar que a mí me tocó asistir al funeral de este alcalde. Entre tanta gente que iba al entierro, reconocí a don Leopoldo Naranjo. Antes de bajar al sepulcro el cuerpo de don Cosme, recuerdo que don Leopoldo pidió permiso para leer un escrito en honor de su amigo. Esto fue en 1927.

1929-1930. Liborio Bortoni. Sí lo conocí. Su domicilio era calle Hidalgo, entre 21 de marzo y Juárez. Durante su administración construyó la alberca grande del Ojo de Agua. Era una persona que usaba muletas; tendría como 50 ó 60 años.

1931-1932. Francisco González Peña. Sí lo llegué a conocer. Vivía en la calle, Pablo González Garza, frente a la estación del ferrocarril, esquina noroeste y era hermano de doña Isabel González, la esposa de don Alejandro Rodríguez (grande). Don Francisco venía a ser abuelo de la escultora, Ana María Rodríguez.

1933.- Ignacio Guajardo. Era la persona a quien le trabajaba en 1926. Le vendía carne de chiva. Iba por las calles del pueblo de Lampazos ofreciendo el producto, casa por casa.

1937-1938. Doctor, Roberto Rebolledo Gálvez. Llegó a Lampazos en la década de los 20's. Era

integrante doctor y pertenecía al Ejército. Se casó con Sofía Aguirre, hija de Siriaco Aguirre. Optó por darse de baja en el Ejército y se quedó en este municipio.

El Dr. Rebolledo Gálvez, vivía con su familia, en la calle Antonio I. Villarreal, entre Hidalgo y Allende. En esa casa vivía la señorita Sofía con su papá, el señor Siriaco Aguirre. El doctor Rebolledo era jefe de Salubridad, al mismo tiempo que alcalde.

Recuerdo que me atendió en 1937, cuando estaba enfermo de fiebre de Malta. Me dijo que no me fuera a trabajar, pero como yo necesitaba dinero, me volví a ir al rancho "El Brazil", donde trabajaba como pastor de cabras. Cuando me vine, con mucha temperatura y llegué a mi casa; mi mamá me atendió, mas al ver que no disminuía la calentura, me dijo:

-Ve a ver al doctor.

Cuando fui al centro de salud, el doctor me llamó la atención y como tenía muy fuerte el carácter, por ser militar, recuerdo que me dijo:

-Muchacho, te dije que no te fueras a trabajar al campo, ya que yo sabía que te iba a pegar la fiebre muy fuerte.

Me dio unos medicamentos, que eran inyecciones intramusculares, para aplicarlas durante 30 días.

Iba todos los días a que me inyectara la enfermera, Consuelo.

1939-1940. Leopoldo Rodríguez, fue el alcalde que estableció en Lampazos la industria del palmito. Siempre usaba pistola. Era primo del Gral. Z. Martínez, por parte de su padre, Hermenegildo Rodríguez. Era hermano de doña Arcadia Rodríguez, madre de el Gral. Z. Martínez. Este alcalde era el papá de la profra. María del Socorro Rdz (Mona).

Cuando anduvo en la revolución, allá por San Luis Potosí, se casó con la señorita Elisa y adoptó un niño a quien le pusieron por nombre: Hilario Rodríguez. Era un niño de piel morena. Con esa familia creció y después se casó con Florencia Flores Posada, con quien tuvo dos hijos.

Este señor, en 1930, fue quien me dijo:

-Bájese, por favor de ese barandal.

Era un barandal que estaba como redondel, donde está el monumento del Benemérito, don Benito Juárez, en la plaza del municipio de Lampazos; este alcalde tenía bonito carácter.

1941-1942. Patricio Jaime. Sí lo conocí. Era ganadero en pequeño; vendía la leche de cabra en un expres.

1943-1945. Roberto Naranjo Butcher. Hijo de don Leopoldo Naranjo y doña Margarita Butcher.

1946-1948.- Jesús D. Martínez N. Tengo un testimonio que me contó Antonino Mendoza. Me platicó que este alcalde dio orden de que cortaran los árboles de la plaza. Algunos hombres del pueblo se dieron cuenta de que eso no estaba bien, y se formó una comisión de ciudadanos para hablar con el alcalde sobre este asunto. Don Jesús D. Martínez les contestó gentilmente:

-Miren señores, yo soy el alcalde y no quiero ver tanto h....(persona floja), sombreándose en las bancas.

Entonces le contestó la comisión,

-Los árboles y la plaza pertenecen al municipio, por lo cual usted primero tiene que consultar este tipo de decisiones -de tumbar los árboles de la plaza-. Además de que los ciudadanos tenemos derecho de venir a sentarnos a la plaza, cuando nos dé la gana.

Con estas palabras lo convencieron. Aclarado el asunto, le dieron las gracias por haber considerado su opinión.

Cuando era alcalde, yo estaba ya en Matamoros trabajando en la Junta Local de Caminos. Se me ofreció tramitar la tarjeta local para pasar a Estados Unidos, y me pidieron en la oficina de Matamoros el acta de nacimiento, con la cual yo no contaba. Me vi obligado a ir a Lampazos a

tramitar mi acta. Cuando llegué a mi pueblo fui a la presidencia y hablé con este alcalde. Conociendo mi asunto, le ordenó a la secretaria, María de la Luz Chapa que viera en el archivo de 1915, y que de allí sacara el acta de mi nacimiento para que me dieran una copia. La secretaria, de muy buena gana, hizo de inmediato una, fiel a la original, en una máquina de escribir de las antiguas.

1949-1951. Graciano Bortoni de la Fuente. No recuerdo nada. Yo estaba trabajando en Matamoros, Tamaulipas.

1952-1954. Atanacio Alemán Zavala. Era comerciante. Vivía con su familia, por la calle Zuazua. Tenía un automóvil. Recuerdo esto porque fue el año que me casé. Él fue el Juez Civil y llegó en automóvil. El personalmente fue a casarnos por lo Civil.

1955-1957. Crescencio C. López Zuazua. No lo conocí.

1958-1960. Demetrio Hidalgo García.....

Lo conocí y tengo un testimonio de Ramón Guillén. Me dijo que llegó a ser alcalde por decisión del Gral. Z. Martínez.

1961-1963. Miguel I. Zuazua Zertuche.... No lo conocí.

1964-1966. Graciano Bortoni Urteaga....
Recuerdo que él fue el que formó parte de la comisión para ir a pedir la mano de mi novia, Beatriz Rivera González. Fue el profesor, Manuel González Guzmán, mi tío, Pedro González García y este señor. En total eran tres.

1967-1969. Julio Cruz Guedea. Recuerdo que fue quien le dio alojamiento en la cárcel de Lampazos a mi tía Matilde ya enferma y fue él quien tramitó lo de su entierro. Posteriormente me envió una carta diciéndome que de los gastos del funeral habían sido 200 pesos. De inmediato le mandé un giro postal por esa cantidad. Con anterioridad y previendo el fatídico desenlace le había dejado 250 pesos a mis parientas: Juanita y María González, quienes vivían por la calle Antonio I. Villarreal No. 58, entre las calles Hidalgo y Allende. Cuando pasaba la carroza con el cuerpo de mi tía Matilde, y supieron que era mi tía, se dijeron:

-Pero si nosotros aquí tenemos el dinero que nos dio Vidalito, para cuando se ofreciera. Pero, como estábamos muy enfermas de gripa y no salíamos a la calle, ni cuenta nos dimos. Sea por Dios.-

Y efectivamente. Este dinero se los había dejado a ellas para el funeral de mi tía. Pero como estaban muy enfermas de gripa, y hacía mucho frío y no salían de la casa, no se dieron cuenta; esto fue en enero del 1968.

1970-1971. Leonelo Garza Cavazos.

Era originario de Villaldama y se casó con, Ana María Guajardo; era hija de mi prima, Ema García Ibarra y de Ignacio Guajardo.

1972-1973. Juan A. Zuazua Barrera.

En ese tiempo yo vivía en Matamoros, Tamaulipas y fue cuando empezaba a escribir en verso. Le mandé varias copias a este alcalde, y todas me las contestaba por carta.

La administración municipal tiene por regla hacer un informe administrativo de las obras que han hecho a beneficio del pueblo. Pues bien, en agradecimiento de las composiciones que le enviaba, él también me enviaba copias de los informes mensuales de lo que presentaba.

1974-1976. Antonio Aguirre González. ...

Era socio de la Sociedad Mutualista, Gral. Francisco Naranjo. Fue él quien me rentó las lámparas de gasolina para que se alumbrara la casa donde me iba a casar en 1954. Este señor era hijo de don Luis Aguirre, alias "El Ronda", que era de oficio cochero. Una anécdota que quiero contar, fue que él me dijo que cuando yo me casé, había tres matrimonios en ese mismo día, y que el mío había sido el más lucido; que en los otros estaban tocando con acordeón y el mío tocaba música de viento, entre ellos saxofón, guitarra,

violín y otros más; eran 5 músicos. Recuerdo que les pagué 250 pesos, para todos. Con quien yo traté esto fue con mi primo, Enrique García Rodríguez.

1977-1979.- Ignacio Guajardo García. Lo conocí. Era hijo de mi prima Ema García. Yo no sabía casi nada de él, ya que yo trabajaba en Matamoros, Tamaulipas.

1980-1982. Fernando Naranjo Castro. Hijo de don Leopoldo Naranjo y doña Dolores Castro. Lo conocí en 1990, platicando en la placita de Lampazos. Tenía casa en Monterrey y otra en el pueblo. Cuando don Leopoldo Naranjo cumplió 25 años de haber fallecido, le arreglé una composición, cuya inspiración la obtuve de un artículo que escribió mi tío, Nemesio García Naranjo. Al conocer a este alcalde, le dije que tenía una composición y dijo que quería una copia y se la envié a Monterrey. Le incluí una copia de donde la había tomado. Este alcalde me contestó agradeciéndome por ese envío. Dicha carta se anexo en la pagina 105.

1983-1985. Fortunato Zuazua Zertuche. Solo lo oí mentar.

1986-1988. Blas González Garza.

Fue alcalde municipal de Lampazos y era

originario de Villaldama. De las obras que hizo en el municipio fue hacer una nueva colonia que llevaba su nombre, incluso hay una placa que está en la calle Galeana entre Lerdo y Bravo.

1989-1991. Pedro Elizaldi Cantú.

Originario de Villaldama, también lo conocí. El tenía un molino de piedra para hacer materiales de construcción y eso era lo que vendía.

En una ocasión cuando asistía al DIF, nos invitaron a un evento en el Centro Social Adelina García Ibarra. Venía un diputado de Monterrey a dar una conferencia. Fuimos, y cuando me tocó participar, inmediatamente, este alcalde me tomó del brazo para ayudarme a subir la escalinata y subir al foro para que leyera mis escritos.

1992-1994.- Mario González Quiroga.

Fue él quien mandó sembrar laureles en el camellón de la carretera, al entrar a Lampazos y también quien hizo El Callejón al Puente Colorado. En este período El Instituto Nacional de Antropología e Historia aprobó la restauración de tres importantes edificios, El Museo, El Teatro Ayarzagotia y La Casa de la Cultura; este apoyo fue posible gracias a la participación activa del Patronato para la Conservación y Mantenimiento de Monumentos Históricos cuyo presidente es el distinguido lampacense Lic. Francisco Zertuche González.

1994-1997.- René Alcorta Garza.

Lo conocí y traté muchas veces. La esposa, señora, Laura Victoria, siempre era muy activa; nos llevaba a paseos.

Este alcalde hizo varias obras de drenaje, entre esas, las de la calle Matamoros, por donde está mi casita. Rentaba máquinas de varios tipos. Las tenía en un lugar propio, donde guardaba dicha maquinaria.

1997-2000. Eusebio Héctor González Q.

Tuvo la grandiosa idea de sacar algunos libros para así conmemorar los 300 años de Lampazos. Gracias a esta idea, salió el primer libro de esta serie. Fue un buen alcalde. Su esposa, Irma Ríos, era la Presidenta del DIF; siempre nos llevaba a excursiones. En estos años también fue restaurado el Teatro Ayarzagotia.

2000-2003. Oscar Quiroga. Fue a quien le regalamos 200 libros de la segunda edición. También en ese tiempo fue cuando se inauguró el Teatro Ayarzagotia, con la presencia del artista de piano, Raúl Di Blasio.

2003-2006. Gabriel Quiroga.

No lo conocí: Creo que era del PAN.

2006-2009. Héctor Javier Elizaldi Mercado. No lo conocí.

2009-2010. Eusebio Gzz. Serna. No lo conozco.

Capítulo 34

La leyenda del labrador

Este testimonio me lo contó mi tío político Juan Arcia, allá por los años de 1925. Él era esposo de mi tía Matilde; murió en 1939 a la edad de 92 años.

Se cuenta que en cierta ocasión andaba un labrador, con una yunta de bueyes, arando la tierra. De repente, se abrió la tierra y se los tragó.

Y cuentan los lugareños que, cada Jueves Santo, se oyen bramar los bueyes en virtud de que el boyero desobedeció el mandato religioso: Hay que respetar esos días santos y que no se deben trabajar.

Capítulo 35

La familia de doña Ignacia Enríquez.

Esta señora vivía en Lampazos por la calle Bravo, entre Juan Ignacio Ramón y Xicoténcatl, esto fue allá por la década de los veinte.

Doña Ignacia Enríquez García, prima carnal de mi padre ocupaba a mi madre para que le lavara la ropa. Mi madre mandaba a mi papá, quien era invidente y a mí para ir a recogerla. Nos daba un jabón amarillo y 5 centavos para comprar un manojo de leña. Cuando la ropa estaba seca y doblada, mi madre nos mandaba a mi padre y a mí a entregarla para recibir el precio que cobraba: 25 centavos la docena. Cuando llegábamos en la tarde, doña Ignacia nos invitaba a comer, y le decía a mi padre:

-Pásate, Chico. Ahorita te hago un par de huevos con chile, tomate y cebolla y estaba haciendo tortillas de maíz recién hechas, a mí también me daba un plato para que comiera junto con ellos. Al terminar, le dabamos las gracias y al llegar a la casa, mi padre le daba el dinero a mi mamá por concepto de lo que había lavado.

Yo nunca supe que doña Ignacia ocupara alguna criada para que le ayudara al quehacer de la casa.

Los nombres de los hijos que yo conocí fueron: Rodolfo, Enrique, Faustino, Amado, Cristóbal y Armando.

Con respecto a Faustino Garza Enríquez, uno de los hijos de mi tía Ignacia, vivió en la casa de sus suegros, en la calle Xicoténcatl, cruz con Lerdo, y su esposa se llamaba Carmen Díaz, quien venía a ser hija del Dr. Julián Díaz Leal. Los hijos de Faustino fueron: el mayor, Roberto, Raquenel, las cuatas Julieta y otra que no me acuerdo el nombre, de apelativo Garza Díaz.

Primero se fue Raquenel para Matamoros, Tamps., ya casada, se llevó a sus padres a Matamoros, y el hijo mayor, Roberto estaba en Nuevo Laredo. Raquenel vivía en Matamoros en la Colonia Jardín, y las cuatas vivían por la calle Bravo en Matamoros, entre 7 y 8.

Recuerdo que el esposo de una de las cuatas tenía una tienda de máquinas de escribir y hacía trabajos de reparación de esas máquinas. El esposo se llamaba, Luis Lambarri Márquez. Cuando yo le compré una máquina usada en abonos, me pidió una garantía prendaria. Le dije que tenía una cuenta como de 400 pesos en el banco Serfin, y hablé con el gerente, Guadalupe Morales, para ver si me podía dar una copia firmada, como constancia de que yo tenía allí ese dinero, y me dijo:

-Los bancos no dan copias firmadas, solo dan referencias.

Tan pronto como se enteró el señor Lambarri Márquez, ya que le hablaron del banco para darle referencias mías, me dio la máquina usada y yo hice un acuerdo con él para pagarle en pagos esa máquina. Recuerdo que costó 250.00 pesos; era de marca americana Underwood.

Esa máquina la compré cuando era soltero, en 1948. Cuando me casé, se la vendí a un ingeniero de una compañía constructora de caminos, cuyo cliente me lo consiguió el Ing. Saldaña -se la iba a dar en 300 pesos-, porque iba a comprar otra pero nueva.

En 1968 compré otra máquina usada con mi familiar, Faustino. Me la dio en 50 pesos. también en abonos. Don Faustino era el suegro del señor, Luis Lambarri. Fue la segunda máquina usada que usaron mis hijas cuando estaban estudiando en la academia en 1968 -1970.

Tenía la idea de comprar una nueva, pero también tenía varios gastos, porque ya para entonces me había casado. Fue en 1972 cuando compré la máquina en Salinas y Rocha; esta máquina está actualmente en la casa de mi hija Laurentina.

Cuando esa máquina se trajo para Nuevo León, en uno de los viajes que hacía a Matamoros para cobrar mi pensión, hice el trámite para que en la aduana me dijeran qué impuestos se tenían que pagar, para que la máquina pasara la zona fronteriza. Aunque yo la había comprado en Salinas y Rocha y contaba con la factura y el impuesto que me habían cobrado, sabía que esa venta era para usar los artículos sólo en la franja fronteriza. Por eso cumplí con el requisito de que, cuando mis hijos y nietos habían ido a Matamoros, de regreso me trajeran la máquina, porque ya se había hecho el pago de derechos que se requería. Recuerdo que fui al Banco del Ejército para que me cobraran los derechos y fueron 125 pesos. Me dieron constancia, ya que presenté la factura con sus impuestos.

Cuando mis hijas Laurentina y Betty, hicieron un viaje a Matamoros con sus esposos y sus hijos, ya de regreso se trajeron la máquina con todo y papeles pagados, para que entrara al Estado de Nuevo León legalmente. Entonces el empleado de la aduana de Nuevo León, les dijo que como la máquina era usada, no había necesidad de haber hecho ningún trámite, que ¿por qué habían pagado eso? Le contestaron mis hijas que porque así lo había tramitado su papá. Esto fue motivo para que mis nietos se dieran cuenta que aunque parecía de más el pago, era necesario que la

mercancía que pasa de la zona fronteriza, pagara impuestos al gobierno para que pueda transitar legalmente más adentro de la república mexicana.

Capítulo 36

Los domicilios del correo

Primer domicilio que conocí en 1922:

Calle: Juan Ignacio Ramón, entre Bravo y Zuazua. Nombre de su administrador: don Manuel Villarreal. Fue cambiado en 1923. El segundo lugar que conocí, estaba en la calle Hidalgo, entre Morelos y Abasolo. Allí estaba el local más grande y ya había telégrafo. Allí estuvo, muchos años, siendo administrado por, don Francisco González García, hermano de las González, quienes vivían en la esquina de las calles, Matamoros y Bravo.

En 1942, estuvo el correo donde fue el hotel México, no obstante que todavía estaba el hotel. La dirección era Juan Ignacio Ramón, entre Hidalgo y Zuazua -donde ahora vive Doña Catalina Garza-, siendo el administrador todavía: don Francisco González García. Alquilaban uno o dos cuartos en el hotel.

Ahora comentaré que hubo un tiempo de 1946 a 1987 en que yo estuve trabajando en Matamoros, Tamps, por más de 40 años, y en todo ese tiempo

no supe donde se fue el correo. Fue hasta 1987 cuando ya regresé a mi pueblo y el domicilio donde estaba era: Juan Ignacio Ramón, entre las calles Cuauhtémoc e Hidalgo; era chico el local, administrado por el señor Pedraza.

En 1990 estuvo ubicado, contiguo al auditorio de la logia masónica, en la dirección de Zuazua, entre Doctor Díaz y Juan Ignacio Ramón, a un lado de la frutería que era de don José Torres; el administrador era de apelativo, Cerda.

Finalmente, cerca del año 2000, la oficina de correos estaba ubicado en la casa donde nació el Gral. Antonio I. Villarreal, en la dirección de la calle Zuazua, con Juan Ignacio Ramón, frente a las casas donde vivía la señora, Sara Villarreal.

Mis recuerdos de la comunicación telefónica.

Mi madre me platicaba que se comunicaba con su hermano por teléfono a la hacienda "El Coyotillo". Esto era antes de la revolución. Me decía que hablaba con él y platicaban y se reían. En ese tiempo mi madre era soltera, probablemente había algún teléfono en el pueblo.

Cuando yo usé el teléfono de Lampazos a

Matamoros fue en 1975, recuerdo que había ido unos días al pueblo y de allí le hablé a mi esposa a Matamoros para decirle qué día me iba a regresar, y la administradora era la señorita, Dora Castaño; pertenecía al municipio; estaba ubicado en la calle García Naranjo e Hidalgo, donde estaba después la Carnicería Mayra.

Hay una cuestión que todo el tiempo ha tenido el correo de Lampazos y esto es que toda clase de correspondencia que se envíe a donde quiera, incluso a los Estados Unidos, tiene que mandarse primero a Monterrey y de allí se distribuye a su lugar de destino. Esto me lo contó Mayra Pedraza:

-Toda la correspondencia que sale de este pueblo y de cualquier otro, llega primero a Monterrey y de allí se va a su destino-.

Me contaba mi abuelita Cuca, que antes de que se inventara el automóvil y el ferrocarril, el correo a larga distancia se hacía a caballo.

El servicio a caballo se hacía por tramos de 50 kilómetros más o menos. Por supuesto que de Lampazos salía un hombre a caballo con la correspondencia; era una valija de vaqueta, y por ejemplo al llegar a Villaldama, había otro relevo que era quien recibía la correspondencia para llevarla a otro lugar. Y de tramo en tramo llegaba la correspondencia a su último destino.

Y el caballerango que venía a dejar la valija, se regresaba a su lugar, ya fuera con o sin correspondencia.

Esta forma de operar estuvo vigente hasta que apareció el ferrocarril, y en segundo lugar apareció el automóvil, como medio de transporte e inició a circular por los caminos reales, mientras se hacían las carreteras.

Ahora en Lampazos ya no hay trenes de pasajeros, y la correspondencia es mandada por autobús.

Capítulo 37

Un ángel tendido

Como a mediados de 1927, vivía una familia de apellido Zuazua, frente a la plaza municipal, entre Hidalgo y Zuazua. Tenían un hijo llamado, Juan Zuazua. No sé quienes eran sus papás, solo sé que era alumno de la primaria Felipe Naranjo. Todavía no terminaba sus estudios cuando enfermó de una fuerte fiebre. Lo llevaron con varios doctores, pero ninguno pudo sanarlo.

Como en virtud de que el niño era muy conocido de la escuela primaria, tenía muchos amiguitos con los que jugaba y se divertía cuando estaba bueno y sano, su padre pensó hacer más participativo el entierro. Decidió darle parte al director de la escuela, quien se llamaba Fidel Mireles, y decirle que le prestaban un grupo de niños del grado en que se encontraba estudiando su hijo para que lo acompañaran al panteón, indicándole a que horas iba a partir el cortejo. El director llamó a la maestra del salón, en el cual estaba el niño, para decirle que le prestara un grupo de esos niños y que fueran acompañar al difuntito.

Antes de la hora del entierro, llegó el grupo de niños a la casa donde estaban velando al niño, Juan Zuazua para darles el pésame a los familiares. Cuando llegó la hora de ir al panteón, y como en aquellos años tenían en Lampazos dos bellas carrozas, una chica y otra grande, le tocó llegar a la carroza chica para llevarse al niño. Los niños la hicieron de padrinos, ya que iban a un lado de la carroza. Eran cuatro los que llevaban un listón negro cada uno; estos pendían de arriba de la carroza.

Cuando se terminó el entierro, el papá les dio las gracias a los asistentes y regresaron a la casa del duelo. El padre del niño acompañó a los alumnos de regreso a la escuela, a darle las gracias al director por el acompañamiento al niño Juan Zuazua, a su última morada.

Capítulo 38

Don Hervey Castañeda

Domicilio donde vivían: calle Hidalgo, entre la calle del Comercio y 21 de marzo, hoy García Naranjo y Antonio I. Villarreal.

Hijos que yo conocí: Leopoldo, Hortencia y Carmen Castañeda.

Don Hervey Castañeda tenía dos oficios: era músico -tocaba una corneta-, y participaba en las fiestas patrias con más músicos; también tocaba en la fiestas o reuniones. El otro oficio era la de ser peluquero.

Fecha en que los conocí, 1920 -1930.

La hija de don Hervey Castañeda, Hortencia, era alumna de la escuela Josefa Ortiz de Domínguez. Yo la conocí en el festejo de fin de cursos; era en el mes de junio de 1931. Participó en el festival que hicieron y recuerdo que cantó muy bonito. Ella estaba acompañada por la música de viento y cantó la canción: "Albur de amor" que decía:

*Albur de amor me gustó, yo lo jugué
Como era pobre, yo mi vida la hipotequé
Para que quiero vidas sin honra
si malamente jugué,
si me matan en tus brazos
que me maten al cabo y qué.*

Tengo bien presente, que por esas fechas vine a Lampazos. Andaba dando la vuelta, y me tocó ver que había ese festejo, abierto al público, en esa escuela. Hortencia tendría como 12 años; cantó muy bonito y fue muy aplaudida.

Cuando regresé de Matamoros en 1988, la ví de nuevo en el asilo de Lampazos. Platicaba a ratos con ella y la última vez que la vi, iba con bastón. Ella vivía en la calle Antonio I. Villarreal. Era vecina de mi parienta, Amelia Fernández; allí vivía con sus hijos.

Capítulo 39

El amor de mi bisabuelo.

Tata Pedro y María del Rosario, eran mis tatarabuelos y los papás de mi bisabuelo, a quien le robaron un atajo de cabras pintas, en Candela, Coahuila.

Por el año de 1770, se vinieron desde El Pílon, hoy Montemorelos, Nuevo León. Venían a trabajar al mineral de La Iguana, que estaba recién descubierto en Lampazos.

Del mineral de la Iguana a Lampazos hay 12 leguas, y hasta allá se fueron mis tatarabuelitos. Sabían que había mucho trabajo y también que en su pueblo no había.

Se decía que el mineral se vino acabando porque eran muchos los robos que ocurrían cuando los mineros llevaban el metal extraído hacia Monterrey o a la Ciudad de Saltillo. Cuando ya lo entregaban y recibían su pago, de regreso, los bandidos los asaltaban y los mataban a todos.

Me decía mi abuela, Cuca, que los mineros, hartos por estos robos, se pusieron de acuerdo para

traer a dos padres a que maldijeran la mina. Se dice, que como resultado de esa maldición, hubo un derrumbe dentro de la mina y que muchos mineros quedaron atrapados. Así se fue acabando el trabajo. También se decía que otro grupo de mineros, fueron a perseguir a los padres, con intención de matarlos.

Estos tatarabuelos se vinieron a la Iguana, y después que se acabó la bonanza, se fueron para Candela, Coahuila. Allí fue donde nacieron sus hijos, entre ellos mi bisabuelo Carmen Rodríguez.

Mi bisabuelo Carmen Rodríguez, me decía mi abuela, Cuca, que cuando yo nací, venía a la casa de mi mamá de nombre también Cuca, a verme, y que decía:

-Si sólo vengo hasta tu casa, Cuca, es para ver a este muchachito.

Ese muchachito era yo: Vidal García Canales. Tenía días de nacido; era el mes de junio de 1915.

Este bisabuelito tenía más de 90 años de edad, o sea que había nacido más o menos en 1825.

Capítulo 40

La Navidad en Lampazos

Como todo mundo sabe, las posadas, comienzan el 16 de diciembre y terminan el 24. En ellas se pide posada de casa en casa, unos cantando por fuera y otros por dentro. En Lampazos de Naranjo, la iglesia católica se encargaba de fomentar esta maravillosa tradición. Recuerdo en particular las posadas de 1923-1924.

Yo era pequeño. Tenía 8 años, entrando a 9. En esa ocasión me acompañaban, mi mamá y mi abuelita Cuca: Estas fiestas iniciaban a las 7 de la noche en la iglesia. Todos los días, íbamos puntuales, porque nos gustaban mucho esas festividades. La iglesia que organizaba estas celebraciones era la de San Juan Bautista.

La iglesia se llenaba de mucha gente, y en ese tiempo era administrada por el cura don Emilio N. Moreno.

Las posadas iniciaban con el rezo del rosario como se acostumbra todavía. Al terminar los misterios del rosario se daba la misa. En aquel tiempo se daba la misa en latín y recuerdo que también los coros, pero el rosario era en español.

Ya que terminaba el rosario, el padre bajaba del púlpito y enseguida se organizaban las personas que llevaban las estatuas con las imágenes de San José, la de la Virgen María, y las personas partían al pie del altar y la gente los seguía con una velita encendida. Delante de ellos iban los monaguillos que portaban los ciriales y la cruz que sobresalía entre ellos.

Iban dentro del templo pidiendo posada, y en cada lugar, dentro de la iglesia decían:

Afuera

Adentro

En nombre del Cielo
os pido posada,
pues no puede andar
mi esposa amada.

Aquí no es mesón
sigan adelante,
yo no puedo abrir
No sea algún tunante.

No seas inhumano,
tennos caridad,
que el Dios de los cielos
te lo premiará.

Ya se pueden ir
y no molestar,
porque si me enfado
los voy a apalear.

Mi esposa es María
es Reina del Cielo,
y madre va a ser
del Divino Verbo.

¿Eres tú José?
¿Tu esposa es María?
Entren peregrinos
no los conocía.

De tramo en tramo, el grupo de personas se iban parando, acompañadas con música de piano.

Cuando la peregrinación terminaba, se regresaban las personas al frente y allí estaba el nacimiento, a un lado del árbol de Navidad. En aquel tiempo no había luz y la iglesia se alumbraba con velas de cera, puestas en candiles, como los que hoy se tienen en el cielo del techo de las iglesias, pero eran con velas que parecían luces y eran los candiles como arañas, que pendían varios brazos con sus velitas.

Estas posadas se terminaban el 24 en la noche, y el mismo 24 venían de regreso las personas a la Misa de Gallo, y se regresaban a sus casas, pasada la media noche.

El 25 de diciembre se acostumbraba cambiar los boletos por juguetes. Estos boletos los que daban las monjitas cuando asistíamos al catecismo todos los sábados. Entre los regalos nos daban juguetitos: a los niños: pelotas, trompos, algunos juguetes de madera, etc. A las niñas: muñecas, vasijitas hechas con hojalata, etc. Estos regalos nos motivaban para seguir yendo al catecismo; así que entre más boletos teníamos, más juguetes nos daban en Navidad.

La Navidad en el Colegio del Verbo Encarnado.

Las monjas hacían la fiesta el mero día de Navidad. Era la fiesta más grande del año. Ellas tocaban en el piano y cantaban en unión con los alumnos, y como crismas, también nos cambiaban los boletos por juguetes. Las monjitas hacían chocolate y hojarascas.

Recuerdo que cuando hicimos la Primera Comunión fue el 12 de diciembre de 1925. Ellas me prepararon y me dijeron:

-Ya está listo este muchachito para hacer la Primera Comunión.

A mí me encantaban esas fechas porque mi espíritu infantil se deleitaba con estas fiestas decembrinas. Por estas fechas se acostumbraba hacer tamales y café con leche. En el año nuevo hacían buñuelos.

Me tocó ver una pastorela en 1930 en la dirección de Xicoténcatl, entre Lerdo y Bravo. Era una casa rentada donde vivían los abuelos de las señoritas, Ramírez Blanco. Eran Don Faustino Blanco y la señora Isabel Cázares. Ellos habían organizado esta pastorela. Era 24 de diciembre. Recuerdo que había un nacimiento arreglado dentro de la casa y también un pinito de Navidad. Íbamos muchos niños.

Capítulo 41

La carretera Monterrey-Colombia

Al cruzar por Lampazos, en el tramo comprendido de la calzada del Gral. Miguel Z. Martínez, cruzando varias calles en cuyas aceras había familias.

Al cortarse la carretera hacia el norte va afectando varios terrenos. Al llegar a la calle Mina y Ocampo sigue su curso en línea directa hasta llegar donde está la acequia y un ojito chiquito de agua. Allí, había un baño público, propiedad de un señor que se llamaba Pedro González. Conocí a este señor y en un tiempo cuidé ese baño. Al llegar a ese punto las máquinas, tumbaron una vieja anacua que existía y supuestamente la sembró un sacerdote de apellido García, en la cual había enterrado un tesoro, sobre la calle Mina con Allende.

Siguiendo con el curso de la carretera de sur a norte, va afectando las siguientes casas antiguas:

Una casa de sillar, de construcción vieja, esquina noroeste, ubicada en Mina con Allende en esa casa vivió mi tía Matilde, con mi tío

Juanito. También vivió el señor, Román Rodríguez Solís, con quien trabajé en 1928; tenía yo 13 años de edad.

También en esa casa había vivido la señora, doña Longina Alemán, quien era tía del señor, Fabián García.

Enfrente de la casa de don Román, vivía su hermano Alejandro Rodríguez Solís, con su esposa, Porfiria Criado.

Siguiendo el mismo curso de la calle Mina, seguía la casa de otro hermano de Don Román, era Leopoldo Rodríguez, quien llegó a ser alcalde de Lampazos en 1940; a esa casa le decían: *La Casa de los Balcones*, y también con él trabajé en 1929, yo tenía 14 años de edad, y enfrente de las casas donde vivía don Leopoldo y su familia vivía el matrimonio formado por el señor Jesús Salazar y su esposa, María Mata, el señor era pastor de cabras, y vivía remontado en el campo, y siempre debía mucho dinero, ya que era de las personas que pedían por adelantado varios meses para dejarle a su familia con que comer, tenía varios hijos. Tan bien los recuerdos que podría escribirlos de mayor a menor o de menor a mayor. Me los sé de las dos formas, aunque algunas veces me falla la memoria. Ellos son: María, Jesús, Socorro, Juan, Josefa y Juana la mayor.

Las mujeres se casaron, el hijo menor Jesús no se casó y vivía con su hermana María y su esposo llamado Juan Torres, quien es mas joven que yo y vivían en la casa de la calle Bravo, cruz con Matamoros. En esta casa fue en la que yo me casé, ya que allí también vivía la familia de mi esposa Beatriz Rivera González.

Sigo por la misma calle. Al cruzar ambas esquinas, vivía la familia de don Hilario Mata y de doña Daría Salazar. En la otra casa que estaba enfrente vivía, don Pancho Díaz. Era la casa donde él hacía la barbacoa y el menudo; el mismo dueño del Hotel México.

Siguiendo más adelante, estaba una casa donde vivía la familia del señor, Juan Álvarez y su esposa, María Méndez. Caminando más adelante se llega a la calle, José Silvestre Aramberri. La calle que pasa hacia el norte del museo y sobre la misma cuadra al lado del cerro, la carretera afecta el terreno donde estuvo la antigua plaza de toros, quemada por los carrancistas, en la revolución.

Para cerrar esta cuadra, en el crucero de la calle Hidalgo cruz con Mina, vivía el matrimonio formado por un señor que estaba cieguito; era don Manuel Briseño y su esposa Carmen. Tenían dos hijos que yo conocí; eran Antonio y Sigifredo.

Al cruzar la calle Hidalgo, esquina suroeste, había unas crucitas. Allí habían caído abatidos por los rurales, dos hermanos: Rafael y Miguel Hinojosa; eran cuatreros.

Sigo hacia el norte, la carretera pasa por otras casas que estaban abandonadas. Antes de llegar a la calle Zuazua hay una prominencia -altura de un terreno-, que la Secretaría de Comunicaciones y Transportes no emparejó, por lo que no se alcanza a ver cuándo viene otro vehículo del lado contrario. Precisamente el 10 de agosto de 1990 (recién muerta mi hermana Toña), mi hijo, Reynaldo había venido a Lampazos a reparar una parte del techo de la casa. Una mañana muy temprano le dije a mi hijo:

-Voy agarrar la carretilla y voy al cerro a traer unos palos de barreta.

Los iba a usar para cerrar la puerta de falsete. Al llegar a la calle Zuazua, llevando la carretilla por delante, me paré al llegar a la orilla de la carretera y eché ojo para el norte y para el sur. En vista de que no había ningún vehículo, intenté pasar y no me detuve. Pasé la carretera, y de repente me salió un vehículo que venía a exceso de velocidad. Frenó y se cimbró para pararse un poco más allá. Volvió a arrancar. Entonces pude pasar al otro lado de la carretera, pero el otro chofer de nombre, Leandro Ugartechea, quien

4to. Libro; Testimonios de ===== 157 ===== Don Vidal García Canales

venía en seguida del vehículo que me iba a atropellar, me dijo:

-Don Vidal, ya por tantito lo mata el otro carro que iba a mucha velocidad.

-Si, -le dije-, es que las autoridades que hicieron esta parte de la carretera no quisieron emparejar, para que no hubiera este riesgo. El otro chofer también se ha de haber asustado mucho.

Una vez que pasé, di vuelta hacia el sur hasta encontrar la calle Hidalgo y di vuelta a la izquierda, al Rincón del Cacalote.

Continuando con este viaje que hice para traer palos de barreta. Corté 4 ó 5, de 2 metros de largo y los cargué en la carretilla, amarrados. A partir del accidente del que me escapé, no volví a llevar la carretilla. Solo me iba con el hacha y el machete, navaja y morral, con una botella con agua y lonche. Me iba como a las siete de la mañana, ya almorzado y volvía como a las dos de la tarde. Entonces me traía 2 ó 3 palos, y cuando no traía palos, traía un tercio de leña en la espalda; tenía 75 años de edad.

Había veces que iba hasta más adentro a traer salvia, la que se da en ciertos rincones. Tenía un permiso por carta. Me la dieron de la Comisión de Ejidos, para entrar el Rincón del Cacalote. De esto es testigo don Rodolfo Lozano, esposo de la

4to. Libro; Testimonios de ===== 158 ===== Don Vidal García Canales

señora, Lupita Pérez. Él y otros ejidatarios estaban presentes cuando personalmente hice mi petición para que me dejaran entrar. El permiso decía que era para traer salvia, hierbas de venado, y palo de barreta. Esta reunión fue a las 9 de la noche de día 30 de septiembre de 1989. Sin embargo a mi me recibieron hasta las 12 de la noche, porque ellos tenían muchos temas que tratar. Dejaron mi asunto para el final. Esperé sentado en la banquetta, hasta que me habló don Rodolfo Lozano, para que pasara a exponer mi caso.

Esa gente se junta en las oficinas del ejido que están en la calle Allende, entre Nemesio García Naranjo y Antonio I. Villarreal. Les dije que mi asunto era pedirles permiso para entrar legalmente a los rincones, a traer salvia, hierba del venado y palos de barreta. Estuvieron de acuerdo, por lo que se me autorizó verbalmente. Yo les dije que si me daban un papel firmado para traerlo cuando fuera a la sierra. Me dijo el Comisario Ejidal, Pablo Villarreal Veliz, que fuera al día siguiente, a su casa, en Juárez y Nicolás Romero y que allí me daría el escrito. Y sí, me lo dio.

Capítulo 42

Don Cecilio Lozano, el calero

Cuando yo era pastorcito y tenía 17 años, veía a Don Cecilio y a sus hijos que trabajaban en la calera que tenían en el "Arroyo de Javier". Sus hijos, Vidal y Antonio le ayudaban en el desempeño de las labores para hacer la cal.

Esta actividad consistía en traer la piedra bola del mismo arroyo. La traían en la carreta con dos bueyes, y acomodaban el material como si fueran albañiles; para esto ya habían hecho el horno, lo hacían con piedra. Como se hacían las casas, así se hacía el horno, y lo iban subiendo en forma de bola abombada, pero arriba le dejaban una ventila, en lo alto del horno, y le dejaban una partecita abajo, como puerta, para que cuando metieran el material le pudieran atizar.

El horno para hacer la cal tenía una altura más o menos como de dos o tres metros, parecido a los hornos donde hacían el pan. Ya que terminaban de meter las ramas al horno, introducían el material con la que se iba a hacer la cal, que era como una campana. Para esto, antes de meter el material para hacer la cal, acarreaban las ramas de

chaparro prieto, de mezquite, de huisache, de chaparro amargoso (visbirinda), y de cenizo. Todos estos arbustos los arrancaban desde abajo, donde estaban sembrados, los cortaban con hacha, y los arrimaban en carretas y ésta la acercaban a la calera. Cuando ya le prendían fuego, metían la campana llena de material. Eran tres días que estaban atizándole a la lumbre, metiendo más ramas para que se quemaran. Así durarían tres días, Nada más veíamos a lo lejos cómo humeaba la calera.

Al pasar tres días, sacaban la piedra hecha cal, y la dejaban enfriar. Ya se podía vender a quienes lo solicitaban; podían ser albañiles u otras personas que utilizaban esta cal, incluso se tenía en las tiendas, al ser también usada por las amas de casa, para el cocimiento del maíz.

¿Que cómo utilizaban los albañiles la cal? Revolviendo la arena con la cal, le echaban agua y quedaba lista para pegar las piedras, para hacer las casas. Era el equivalente a lo que ahora es el cemento y la arena, y se usa para pegar el block. También se usaba la cal para encalar las paredes de las casas.

También en las casas de familia se utilizaba la cal para cuando se cocía el maíz y después se mandaba al molino para que quedara lista la masa

y hacer tortillas de maíz.

A la cal en términos científicos se le conoce como cloruro de calcio, así como a la sal se le conoce como cloruro de sodio.

Los hijos de don Cecilio, Antonio y Vidal, conocían varios trabajos de campo. Sacaban piedra para hacer casas. Estas piedras la traían al pueblo para venderlas como material para hacer casas; era muy barato este material. Como ellos tenían su carreta cada uno, incluyendo a don Cecilio, se apoyaban mucho en traer material para construcción.

La calera de don Cecilio hoy se encuentra en ruinas. Ese lugar pertenece ahora al Ejido Dolores. En aquel tiempo no pertenecían estos lugares a ejidos. Ahora si queremos ir, tenemos que pedir permiso a los ejidatarios, ya que está cercado con alambres de púas.

Por aquellos años, simultáneamente a que don Cecilio hacía cal, había otra persona que también era calera. Se llamaba Patricio Alejandro y tenía su calera en el Arroyo Blanco, por donde pasa la carretera rumbo al cerro. En cierta ocasión le salió la cal sancochada; no salió bien, y la tuvo que regalar. Me acuerdo que fui con mi tía Matilde a traer cal en costales, ya que él vino a ofrecerla al

pueblo, para regalarla. La gente llevaba cubetas, y se regresaba varias veces, ya que para la construcción no servía, pero para cocer el maíz sí, por eso yo me acuerdo que fui varias veces a traer cal con mi tía Matilde.

Ahora, la cal la hacen en el pueblo de Lampazos de Naranjo, en una fábrica situada frente de la Central de Autobuses, rumbo a la Loma de los Coyotes.

Capítulo 43

Gratos y memorables recuerdos

Don Pablo González Tijerina, se casó con Juanita Estrada. Tuvieron tres hijos: Pablo el mayor, Gilberto el segundo, y el tercero, cuyo nombre no recuerdo, es el dueño de la tienda Super Market González, que está en la calle Zuazua, cruz con Antonio I. Villarreal, en Lampazos de Naranjo. N.L.

Vivían por la calle, Antonio I. Villarreal, entre Allende y Zaragoza.

Don Pablo aparte de comerciante y ganadero, también era matancero de marranos. Iba a los ranchos y compraba los marranos; los mataba y vendía la carne.

En el rancho ocupaba camperos. Recuerdo que tenía a un pariente llamado, Ramón Tijerina. Éste era casado y vivía con su esposa en una casita, al lado del Río Candela; tenían un hijo que se llamaba Gerardo.

También tuvo otro campero que vivía en un jacal. Se llamaba Ventura Perales. Vivía con su esposa y dos hijos varones.

El señor, Pablo González conmigo fue fina persona. Siempre me trató muy bien; yo trabajé con él como pastor de cabras de noviembre de 1943 a julio de 1945. Le cuidaba 300 cabras, en el paso del Río Candela, cerca de Lampazos.

Cuando las cabras se me cortaban, nunca me regañaba; sabía que esa situación era un error involuntario, algunas veces se regresaban solas y otras, había que ir a buscarlas.

Con él, tenía yo la facilidad de ir a ver a mi madre, cada 15 días. Me prestaba un caballo ensillado para que pudiera ir a Lampazos durante la noche, después de que encerraba al atajo de las 300 cabras; también ya debería haberlas ordeñado. Me iba como a las 7 u 8 de la noche, y llegaba a las 9 de la noche a Lampazos de naranjo. Luego me regresaba en la madrugada.

Al llegar, mi madre se llenaba de gusto.

-No te vayas, hijo, hasta que te haga tortillas de harina

-Me decía.

Me echaba lonche, y regresaba en la madrugada para el campo. Me iba por los caminos reales hasta llegar a la majada, la que estaba más abajo del rancho, El Brazil.

Siempre que venía a Lampazos, al llegar a la

altura donde está la gasolinera de Vidal Chavana, volteaba a la derecha para encontrar la calle Matamoros, que es la que da directamente a mi casa. De allí tenía que caminar 4 cuadras para llegar al Puente Colorado. Pasaba cerca de un frondoso nogal que daba una sombra muy bonita para la calle. También daba muy buenas nueces cada año. Este nogal estaba dentro del solar donde sembraba don Perfecto Álvarez. Muchos años después este nogal se secó. En este terreno fue donde se le aparecieron los fantasmas a don Perfecto Álvarez (referido en el tercer libro).

Quiero comentar que siempre que me regresaba para la majada, a las dos de la madrugada, precisamente cuando pasaba abajo del nogal, sentía una de nervios, que se me enchinaba la piel, mas, cuando ya pasaba por ese lugar, se me quitaba lo nervioso. Esto sucedía cada vez que venía a ver a mi madre.

Me supongo que hay algo oculto en ese lugar. Posiblemente algunas vetas de minerales que ejercen su influencia en el sistema nervioso de ciertas personas.

Siguiendo con los comentarios sobre don Pablo González. Era una persona culta. Enseñó a sus hijos las ideas de aprender el comercio. Como él también era comerciante, así sus hijos, cuando

crecieron ellos, optaron por ser comerciantes y trabajan en sus negocios propios.

Años después de que trabajé con él, allá por 1987, regresé a Lampazos y para entonces ya tenían comercio sus hijos. El mayor, Pablo, tenía el comercio donde estaba la casa de sus papás, negocio de frutería y abarrotes, y tenía un camión grande en el que iba a Monterrey a traer mercancía. Su hermano Gilberto, quien vive por la calle Antonio I. Villarreal, casi para llegar a Allende, tiene comercio de materiales para construcción. También tenía un camión grande para transportar el material. Respecto al tercer hijo, es el que tiene el comercio de nombre Super Market González; él también tiene un camión grande para transportar la mercancía de su tienda.

Había un hermano de don Pablo González que se llamaba, José González Tijerina. Era ganadero; tenía cabras. Vivía por la calle, Antonio I. Villarreal, casi contiguo a la casa de mi tío, Catarino García; era él quien estaba como encargado de la casa de mi tío. También él tenía la dirección de los familiares de mi tío, en Del Río Texas.

El señor José González me dijo que cuando era el presidente municipal, don Pedro Elizaldi Cantú, entró muy duro, tumbando todas las fincas

céntricas que estaban abandonadas. Al parecer, se arrimó una máquina para empezar a tumbar la casa de mi tío Catarino, pero que él intervino inmediatamente y fue hablar con el presidente, para decirle que él era el encargado de vigilar esa casa, para que no la fueran a tumbar. Y me dijo que el alcalde mandó retirar la máquina de ese lugar, pero sí hubo otras casas que fueron demolidas.

Capítulo 44

La tragedia de Tomás Solís

El señor Tomás Solís, en los años veintitantos, vivía en unión libre con una señora de nombre Guadalupe, por la calle Galeana e Hidalgo, esquina noroeste. También su padre, don Sixto Solís, vivía con él. Este señor era viudo y tenía un atajo de 200 cabras que a veces cuidaba don Tomás, durante el período que no trabajaba de policía.

En vista de que la mujer con quien estaba viviendo nunca le dio descendencia, don Tomás decidió separarse de ella, y cuentan las gentes que se enamoró de otra mujer, que era la señorita, María de la Luz Lerma, y esta sí le dio hijos.

En los años de 1925-1926, el señor Tomás tenía dos caballos y acostumbraba llevarlos a la acequia del Ojito, que era el mismo lugar donde llevaba los atajos de cabras. Una ocasión, en el trayecto de su casa al Ojito, se le cayó un reloj en la calle Mina, sin darse cuenta. Resulta que yo pasé después por ese lugar, y me lo encontré. Lo levanté. Se había quebrado la carátula. Para esto, me vio un chamaco de nombre Alejandro

Rodríguez. Él era un poco más grande que yo. Tendría 11 años en ese tiempo, y yo 10 ó 9. Me fui para mi casa con todo y reloj, ya que no sabía de quién era, e inmediatamente se lo entregué a mi mamá. Le dije que alguien lo había tirado y que yo lo encontré.

Cuando el Señor Tomás Solís venía de regreso del Ojito con los caballos, venía preguntando a quienes se encontraba, si no se habían encontrado un reloj. Entre ellos le preguntó a Alejandro:

-Oye chamaco, ¿por casualidad, no viste si alguien se encontró un reloj que se me cayó hace rato por aquí?

A lo que le contestó

-Si, cómo no. Ví a Vidal García que recogió algo, pero no me di cuenta que era. Mejor vaya usted a preguntarle.

Luego que le dieron esta razón, fue a encerrar los caballos, y se dirigió a mi casa. Llegó, tocó la puerta y le preguntó a mi mamá que si su hijo le había comentado que se había encontrado un reloj en la calle. Y mi mamá le dijo:

-Si, acaba de llegar y me lo entregó. Déjeme hablarle para que él le diga donde se lo encontró.

Al momento me habló mi mamá. Yo estaba en el patio de la casa. Ya cuando estábamos los dos de frente, y le mostramos el reloj, dijo:

-Ese es, y es mío, lo perdí en el camino al Ojito.

-Bueno -dijo mi mamá-, aquí está. Si usted dice que es el dueño, aquí se lo entregamos, con mucho gusto..

Y así pasó, yo sólo le dije:

-Mire, como no sabía de quien era, yo lo recogí y se lo vine a entregar a mi madre.

Ya con esto me dio las gracias y se retiró para su casa.

En los años de 1950 más o menos, el señor Tomás Solís, era policía del municipio, y tenía fama de que era muy rudo, cuando andaba de turno en su trabajo. Siempre cargaba pistola y macana. A muchos borrachitos que se oponían a ir a la cárcel, los agarraba a macanazos. En cierta ocasión andaba vigilando el burdel de doña Petra, y estaban varios borrachitos que alteraban el orden y no hacían caso de que se comportaran. Con su macana, Tomás Solís los empezó a golpear muy rudamente y así se los llevó para la cárcel. Entre ellos se llevó a uno de apellido Solís, a quien iba golpeando con especial saña. Lo iba golpee y golpee, hasta meterlo a la cárcel. Pues este borrachito, en el tiempo que estuvo encerrado, les hizo un juramento a sus compañeros de celda.

-Cuando salga de aquí, me vengaré de ese policía. Sé que se llama, Tomás Solís, y él fue quien me trajo a la cárcel a puros macanazos. Haberme golpeado así, le costará la vida.

El borrachito salió de la cárcel y se fue para el otro lado a trabajar. Pasado el tiempo, allá compró una pistola, para cuando viniera a Lampazos, a cumplir su juramento que había hecho.

Llegó a Lampazos, en abril de 1960. De inmediato se metió a las cantinas a emborracharse. Contaban los lugareños que entre sus pláticas decía:

-Esta noche voy a matar a Tomás Solís.

Hubo algunas personas que oyeron lo que dijo en la cantina, y fueron rápido a comunicárselo a Tomás.

En los años 60, el burdel de Lampazos se encontraba allá por la zona del Palo Blanco. El señor Tomás Solís andaba de turno y era su obligación pasar por la calle, Abasolo para llegar al burdel. La zona de tolerancia estaba a la altura de la calle Bravo y Abasolo. El ejecutor, se escondió en unas paredes viejas, que le llamaban: "piedra parada". Eran unas piedras que tenían más de un metro de alto.

Al llegar don Tomás Solís a ese punto, su matador ya estaba escondido. Gentes que lo vieron, escucharon que le dijo:

-¿Qué pasó Tomas? ¿Cómo estás?

Cuando lo tuvo cerquita, le dio dos balazos en la cabeza y el policía cayó al piso. Me platicó mi suegro, don Salvador Rivera, que fueron las autoridades, y como decían que ya estaba muerto, dieron fe del caso. Sin embargo no lo estaba del todo, pero estaba ya en las últimas, y mejor lo llevaron a su casa. Allí duró solamente 2 horas y como los balazos fueron mortales por necesidad, este falleció.

Otro testimonio sobre este artero asesinato, me lo platicó en Matamoros, Tamaulipas, mi pariente, don Faustino Garza Enríquez, quien era hijo de la prima de mi padre, doña Ignacia Enríquez. Me dijo así:

-Al que mataron en Lampazos fue a Tomás Solís. Esto me lo dijo en el mes de abril de 1960, por eso recuerdo muy bien esa fecha.

Capítulo 45

El viaje que hice a Agujita, Coah.

Cuando trabajé con don Francisco Rodríguez, allá por la región de la Presa Don Martín, hubo un pastor que me comentó de la posibilidad de ir a Agujita, Coah. El pastor era mayor que yo y me aconsejaba que podría ganar más dinero si me iba para ese lugar, porque en esos trabajos lo que requerían era gente joven y yo contaba con casi 23 años de edad.

En tal virtud le platiqué a mi madre que quería cambiar de trabajo y tenía que hacer un viaje para Agujita, Coah., porque ya estaba aburrido de tanto cuidar cabras. A propósito de esto, yo sabía que en Agujita, había un pariente de mi padre que tenía muchos años de vivir allá y era comerciante. Su nombre era, Nemesio García Cárdenas. Además en Lampazos tenía a su progenitora de nombre, Carlota y unas tías de nombre: María Antonia y Guadalupe y un tío que se llamaba, Rafael Cárdenas, que vivía por la calle Zuazua, entre Dr. Díaz y Matamoros; en la casa donde ahora vive Everardo Garza.

Para esto yo pedí la dirección en Lampazos a una tía del señor Nemesio. Mi objetivo de pedirle la dirección, era para ver dónde vivía Pomposa, en Agujita, quien era la hermana de don Nemesio. Vivía sola; al parecer era soltera. Para acudir a solicitarle la dirección de Nemesio y pedirle a él una carta de recomendación, para ver si era posible encontrar trabajo allí, en Agujita, Coah.

Me trasladé en tren hasta ciudad Anahuac, y de allí en autobús hasta Agujita, y llegué de noche. Preguntando aquí y allá dí con la dirección de Pomposa. Ella a su vez me dio la dirección de don Nemesio que tenía un pequeño negocio de ferretería; vendía herramientas para la construcción; también pinturas.

Esa misma noche me entrevisté con el señor Nemesio quien ya tenía más de 50 años. Le dije que venía a buscar trabajo y por eso le venía a solicitar una carta de recomendación. Tenía el problema de dónde me podía quedar esa noche y se le dije. Me contestó de buena gana que él me iba a conseguir un buen lugar.

A propósito, junto a su negocio había una peluquería y me llevó con el peluquero para hablar con él. Le pidió de favor que fuera a la comandancia, en su nombre, para decirle al comandante que me hicieran el favor de aceptar

quedarme a dormir allí. El comandante se llamaba Federico, y de muy buena manera aceptó que me quedara a dormir en ese lugar. Le dijo el peluquero que me iba a quedar varios días, porque iba a buscar trabajo. El policía aceptó.

-Mira güero me dijo sonriente-, aquí en este rinconcito te vas a quedar a dormir.

Al día siguiente fui con mi tío a solicitarle la carta de recomendación. Ya la tenía lista; me la dio en un sobre membretado y la dirigió: "A quien corresponda". Recuerdo que la redacción decía que me conocía por varios años. Le di las más sinceras gracias, porque con este documento, sí encontraría trabajo.

Ya con la carta en mi poder me fui caminando a pie rumbo a donde están las minas de carbón y hablé con el jefe de las minas. Me dijo:

-De momento no hay trabajo, quien lo tiene es porque está sindicalizado.

-Pero lea la carta.

-De nada me sirve leerla, si no estás en el sindicato.

Le insistí en que la leyera para que se enterara lo que decía la carta, con la seguridad de que al leerla me iba a ofrecer trabajo.

-Voy a leerla.

Después de leerla, me volvió a decir que no tenía trabajo.

-Lo siento, muchacho. Con todo y carta te vuelvo a decir: No hay trabajo.

Estuve como media hora platicando con él, y en ese rato me di cuenta de cómo era el trabajo. Ví cuando estaban sacando a los trabajadores de la mina, todos encarbonados y en calzón corto. Salían a comer como a las 12:00 y las esposas ya les tenían la comida. Después de comer se volvían a meter bajo tierra. Pude darme cuenta que sacaban unos botes largos, llenos de carbón y los vaciaban en un espacio en el suelo. Volvían a meter los botes otra vez a la mina. Era de la misma forma que metían también a las personas con ese tipo de polea, para bajarlos a sacar carbón mineral.

Al darme cuenta cómo era el trabajo en Agujita, Coahuila, y cómo metían a las minas a los trabajadores, no me gustó, y ya no regresé a ese lugar, porque me parecía muy peligroso.

En vista de que no era posible trabajar por las razones expuestas, le di las gracias al capataz y me retiré. Cuando regresaba para la comandancia me encontré en el camino a un muchacho de nombre José. Nos caímos bien y le dije que había ido a buscar empleo a la mina, sin conseguirlo. Él también me dijo que andaba en busca de trabajo; era más o menos de la misma edad que la mía. Cuando íbamos caminando, pasamos frente a un

hotel y en ese momento salió a la puerta un agente viajero. Nos dijo que si queríamos ayudarlo a trabajar unos días. Que nos pagaría un peso por día, a cada uno, por ayudarlo a cargar los velices, siguiéndolo a él. Como vimos que esta labor se veía mejor que estar debajo de la tierra, en las minas, optamos por irnos con este señor.

En dichos velices llevaba telas. Cargábamos uno yo, y otro mi compañero. Para esto, el agente andaba muy bien vestido. traía traje con corbata y sombrero de lana. Cuando llegaba a las casas saludaba:

-Buenos días.

Y mientras bajábamos los velices al piso, él hablaba con las personas de la casa que tocaba. Les hablaba en estos términos:

-Mire, señora, soy agente viajero. "Mengo" de México; traigo muy buenas telas para vestidos. ¿Quiere que "nenseñe"?

(Este señor era de procedencia árabe y así hablaba el español),

Y le contestaba la dueña de la casa:

-No señor, si no tenemos centavos.

Y decía el vendedor:

-Si por ver no se paga -entonces decía a uno de nosotros: -A ver muchachos, abran los velices.

Y él con sus manos grandes, sacaba varias telas para mostrarlas a la daina. Decía:

-Mire. Traigo chermés, marroquí, piel de ángel, y piqué lancherí.

Al punto encomiaba tanto su producto (le daba importancia a la mercancía), a fin de convencer al cliente. De perdido le compraban una tela. Y luego les daba las gracias. Volvíamos a guardar todas las telas. Llegaba a otra puerta y otra vez hacía lo mismo. Saludaba y contaba la misma historia que le había dicho al cliente anterior. Así anduvimos medio día. Después fuimos al hotel y nos dijo que volviéramos al día siguiente, Al llegar al hotel dijo:

-Ayúdenme a subir los velices para arriba.

Y ya que lo hacíamos.

-Bueno, muchachos, muchas gracias. Los espero mañana.

Y nos daba un peso a cada quien. En total trabajamos tres días con él. Un día nos dijo:

-Soy un comerciante establecido en México. Tengo establecido mi comercio en la calle Monte de Piedad No. 214, en la Ciudad de México -pero a la gente no le decía esto, sólo nos lo comentó a nosotros.

Por mi parte vi que me quedaban pocos centavos y tomé la determinación de regresar a Lampazos. Antes de ir al autobús para irme, me despedí del comandante de policía que me dijo:

-Bueno güero, ya que no conseguiste trabajo en las minas, nosotros te podemos dar aquí, de ayudante de policía auxiliar. Te pagamos dos pesos por noche y te damos una macana para que arrees borrachitos y traerlos a la cárcel.

Mi respuesta fue muy espontánea:

-Mire señor Federico, yo jamás en mi vida he conocido ese trabajo y menos arrear borrachitos. Yo en mi pueblo de Lampazos estaba impuesto a arrear sólo cabras el comandante se rascó la cabeza-. Le reitero las gracias por su apoyo y por el trabajo que me ofrece, pero, a lo mejor los borrachitos me van arrear a mi. Mejor me voy a seguir arreando cabras en mi pueblo.

Y entonces también fui a despedirme de mi tío Nemesio, y le dije:

-Mire tío. Le vengo a dar las gracias por la carta que me dio, y aunque no fue posible conseguir trabajo, de todas maneras le estoy agradecido, por este favor que me hizo al darme la carta que le solicité. Igualmente le doy las gracias por conseguirme un lugar donde dormir.

-Bueno sobrino, que te vaya muy bien en tu viaje para Lampazos y allá me saludas a mis tías.

Me despedí y fui caminando a la oficina de autobuses.

Al llegar a Cd. Anáhuac, comí en un restaurante, esperando al tren que pasaría rumbo a Lampazos para abordarlo y llegar a mi casa por la noche. Cuando llegué, allí estaba mi madre y también mi hermana Toña. Me dijo mi madre que había regresado muy pronto y le dije que no me había sido posible conseguir trabajo que quería. Le di los saludos de mi tío Nemesio y fui a darle los saludos a las tías, que vivían por la calle Bravo, entre Xicoténcatl y Matamoros.

Capítulo 46

Doña Rita

A esta señora, ya viejita, la conocí en 1925. Era vecina. Vivía muy cerquita, por la calle Bravo, entre Galeana y Matamoros. Hay un testimonio de mi abuelita, la señora María del Refugio Rodríguez Galván; ella me dijo que Doña Rita le contó, que cuando ella era joven se vino con un tipo desde Saltillo, y vivió con ella unos años en Lampazos, hasta que se aburrió de ella y la largó; tal vez regresó el tipo a Saltillo o a otro lugar.

Entonces la pobre señora viéndose que ya no tenía quien la mantuviera, buscó trabajo como sirvienta en una casa, y con suerte la encontró en la casa del General Naranjo, para trabajar como sirvienta, con la viuda, Dolores García, viuda de Naranjo.

Cuando esta viejita vivía por la calle Bravo, estábamos varios muchachos platicando con ella, en la banqueta de su casa. Allí nos enseñó un estuche vacío que le había regalado doña Dolores. Asegurando que allí se guardaban las joyas que le regalaba el Gral. Naranjo. Nosotros la veíamos una y otra vez. Recuerdo que traíamos el estuche admirándolo entre un compañero y otro; nos parecía muy bonito y elegante.

Y algo también que la gente platicaba de esta señora Rita, era que tenía por costumbre, que cuando se morían los gatos los enterraba al final del terreno de su casa.

De esta casa se cambió a la calle Lerdo, entre Juan Ignacio Ramón y Xicoténcatl, y como aquí ya era vecina de mi abuelita Cuca, me platicaba que por las tardes se venía doña Rita a platicar con ella, y como hacía mucho calor se sentaban en la banqueta y mi abuelita sacaba dos sillas y le decía:
-Siéntese, doña Rita. Vamos a platicar.

A propósito de esa visita que le hacía a mi abuelita, allí mero enfrente del crucero de la calle Xicoténcatl con Lerdo, había un terreno baldío que era de doña Andrea Cruz. Mi abuelita me contaba que en ese solar mataban vacas. Como doña Rita tenía buena vista, veía cuando metían a la vaca. Según decía a mi abuelita.

-Ya me voy, doña Cuca, porque ya van a matar a la vaca y yo, con el bramido del pobre animal, me pongo muy mala.

-Bueno -le decía mi abuelita-, pues que le vaya bien.

Después de vivir por algún tiempo por la calle Lerdo, se cambió por la calle Matamoros, entre Hidalgo y Zuazua. Eso fue por la década de los treinta. Fue la última casa que yo le conocí.

En cierta ocasión que vine a la ranchada a Lampazos, en la tarde que iba a bañarme al Ojito, al pasar frente a su casa de la calle Matamoros, vi a la señora Rita que estaba sentada en su casa. Me habló y me dijo:

-Vidalito, por favor socórreme. Estoy pobre y ya no puedo trabajar. Estoy solita, no tengo con qué comer.

Metí la mano a mi bolsillo y saqué un peso; se lo regalé y le dije:

-Tenga este peso, que para algo le ha de servir.

En aquel tiempo yo traía mis centavitos, pocos, pero como me acababan de pagar...

Era cuando ganaba mis veinte pesos al mes, más la comida que nos daba el patrón.

Recuerdo que esa fue la última ocasión que platiqué con la señora Rita.

ooo O ooo

Pues bien, con este personaje, cuya imagen regresa a mí a través de este mar de recuerdos, tan límpida y clara como si ayer mismo hubiese ocurrido lo que aquí reseño, cierro mis remembranzas de este cuarto libro, agradeciendo la infinita paciencia que han tenido mis lectores con este su humilde pero leal amigo: Vidal García Canales, sólo un pastor de cabras de Lampazos de Naranjo, Nuevo León. Nos veremos pronto.



**"Este Reconocimiento me fue entregado en
Junio de 1998"**

Este libro: **Remembranzas de Lampazos**, se terminó de imprimir en abril de 2011, en los talleres de Innovación Gráfica. Estuvo a cargo de la edición, el editor, Juan Manuel Carreño. El tiraje es de 500 ejemplares, más sobrantes para reposición.